

Documentos 2

EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA
DE COSTA RICA
DURANTE EL PERÍODO 1983-1998:

NI TAN BIEN, NI TAN MAL

Eduardo Lizano / Norberto Zúñiga



Setiembre, 1999

Índice

RESUMEN EJECUTIVO	5
INTRODUCCIÓN	9
I. ¿QUÉ HA SUCEDIDO?	13
II. ¿CUÁLES HAN SIDO LOS RESULTADOS? No tan mal	15
III. ¿CUÁLES HAN SIDO LOS RESULTADOS? No tan bien	25
IV. ¿CUÁLES SON LAS OPCIONES? Los escenarios	32
V. ¿QUÉ OCACIONÓ LA SITUACIÓN ACTUAL? Las causas	36
VI. COMENTARIOS	39
1. La impostergable y necesaria reforma política <i>Rodolfo Cerdas Cruz</i>	39
2. En el pasado bien, pero ¿en el futuro? <i>Enrique Góngora Trejos</i>	45
3. Las joyas y la lejía <i>Claudio Gutiérrez Carranza</i>	50
4. Una visión un poco pesimista del futuro <i>Jaime Gutiérrez Góngora</i>	55
5. Lo único permanente es el cambio <i>Edgar Mohs Villalta</i>	60
6. Muy bien para unos y muy mal para otros <i>Alejandro Urbina Gutiérrez</i>	63
REFERENCIAS	65

EVOLUCIÓN DE LA ECONOMÍA DE COSTA RICA DURANTE EL PERIODO 1983-1998:

NI TAN BIEN, NI TAN MAL

EDUARDO LIZANO FAIT / NORBERTO ZÚÑIGA*

Resumen Ejecutivo

Durante los últimos quince años, Costa Rica, a diferencia de la gran mayoría de los países latinoamericanos, no ha experimentado ninguna crisis económica o financiera de consideración. En efecto, no han ocurrido inflaciones elevadas, ni desajustes marcados de la balanza de pagos o de los tipos de cambio, así como tampoco, desequilibrios pronunciados de las finanzas públicas. Sin embargo, el país no ha logrado resolver los problemas relacionados con los principales desbalances macroeconómicos y los cambios estructurales, lo cual acarrea múltiples consecuencias económicas y sociales, sobre todo para la población de menores ingresos, ¿por qué Costa Rica no lo ha hecho tan mal, pero a la vez, por qué no ha logrado hacerlo tan bien?

Desde mediados de la década de los ochentas, el país inició un importante proceso de cambio del sistema económico y financiero, cuyo propósito principal consistió en elevar el nivel de vida de los costarricenses mediante el funcionamiento más eficiente y competitivo de la economía. Durante ese período el país ha logrado algunos resultados satisfactorios en los campos de la estabilidad económica, de la apertura comercial, del crecimiento económico, del desarrollo social y humano y de la competitividad. Como consecuencia, el PIB por habitante aumentó, aproximadamente, de US\$1.300 en 1983, a alrededor de US\$2.950 en 1998 y los niveles de pobreza se redujeron de cerca de 30 por ciento a 20 por ciento de las familias. Estos resultados pueden catalogarse como “no tan mal”, pues en muchos de ellos Costa Rica ha podido ubicarse por encima de naciones con características similares, pero no han sido suficientes para aspirar a posiciones de vanguardia.

* Funcionarios del Banco Central de Costa Rica. Los puntos de vista expuestos en este documento no reflejan la posición oficial de la institución para la cual trabajan los autores.

Los resultados observados son relativamente positivos, pero, a decir verdad, no son enteramente satisfactorios. La evolución no debe llamar a engaño, pues la tendencia general muestra un crecimiento tan solo moderado, una estabilidad precaria, un deterioro en el Índice de Desarrollo Humano, un estancamiento en la mayoría de indicadores sociales y poco aumento en la productividad de los factores. Con un crecimiento promedio de 4,2 por ciento al año (muy inferior al que potencialmente podría alcanzar Costa Rica –6 por ciento y 7 por ciento–) no es posible elevar el nivel de vida y reducir los índices de pobreza de manera significativa. Es una verdadera lástima que por falta de decisión, los costarricenses deban vivir en condiciones inferiores a las que bien podrían disfrutar, si se adoptaran las políticas adecuadas. Con sólo lograr crecer dos puntos porcentuales anuales adicionales, el ingreso *per cápita* se duplicaría en 18 años, en vez de 35.

A la luz de estos resultados, el esfuerzo desplegado evidentemente, no ha sido suficiente. La inacción, consecuencia de un cierto empate político y del cortoplacismo, ha traído aparejadas la acumulación de serios problemas y la aparición de indicios inquietantes en la evolución de algunos indicadores sociales y económicos, lo cual queda de manifiesto en el último informe de Desarrollo Humano del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD). Ante este panorama, Costa Rica se enfrenta a dos escenarios mutuamente excluyentes y cuyos resultados son muy diferentes: (i) mantener el *statu quo*, es decir el relativo inmovilismo característico de la situación actual o (ii) acelerar el proceso de cambio e impulsar así un desarrollo social y económico sostenido. El costo social de la inacción sería sin duda muy elevado, como lo fue en los años 1981 y 1982. Es necesario escapar de esta cultura política, poner en marcha a los poderes públicos, a la sociedad civil y a las organizaciones privadas para evitar el estancamiento y el retroceso del país.

Vistas las consecuencias negativas del empate político, debe optarse por el otro enfoque, cuyo objetivo es sencillo y claro: superar la actual parálisis y poner en evidencia la capacidad del sistema democrático en la solución de discrepancias. De esta manera se podrán aunar criterios y adoptar las medidas necesarias para lograr el desarrollo social y económico. Este segundo escenario corresponde al del progreso humano y material. Es, sin duda, el más conveniente para Costa Rica, pero presenta costos y no se da de manera automática. Los dirigentes y la población deberán tomar la difícil decisión de si están dispuestos o no a emprender el camino del cambio basado en la disciplina y el sacrificio. La agenda es copiosa y compleja. Las propuestas para dar solución a los problemas nacionales deben ser analizadas tomando en cuenta el interés general, los beneficios y costos para la sociedad y el desarrollo del país. Deben dejarse de lado el debate exclusivamente ideológico, el oportunismo político electoral y la defensa de intereses particulares.

El país cuenta con un buen prestigio internacional, reconocido por doquier, para aprovechar las condiciones favorables y adoptar así las políticas adecuadas para crear un entorno propicio y lograr tasas de crecimiento económico más elevadas, mayor estabilidad macroe-

conómica, así como sentar las bases para elevar la calidad de vida de toda la población. En realidad en este momento no se requiere cambiar el modelo de desarrollo, como a principios de los años ochentas. Sin embargo, si resulta indispensable profundizarlo y complementarlo con acciones que permitan al mismo tiempo beneficiar a los diferentes estratos de la población, especialmente los más necesitados, y mejorar la eficiencia y productividad de la economía (salud, educación, pensiones, seguridad ciudadana, infraestructura). La situación amerita poner manos a la obra a la mayor brevedad. En este esfuerzo se ha considerado conveniente contar con la opinión de estudiosos de la realidad nacional en diversos campos, distintos a la economía, dada la complejidad de la situación actual, los cuales se presentan en la última parte del documento.

“El que escaso siembra, escaso cosecha”

2 Corintios, 9,6

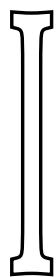
“... reform initiatives should not be dependent on public
opinion polls showing a majority in favor: the function of a
leader is to lead”

John Williamson y Stephan Haggard,
The Political Conditions for Economic Reform.

Introducción

Durante los últimos quince años, Costa Rica, a diferencia de la gran mayoría de los países latinoamericanos, no ha experimentado ninguna crisis económica o financiera de consideración. En efecto, no han ocurrido inflaciones elevadas (menos aún las llamadas hiperinflaciones), ni desajustes marcados de la balanza de pagos o de los tipos de cambio, así como tampoco, desequilibrios pronunciados de las finanzas públicas. Sin embargo, el país no ha logrado resolver los problemas relacionados con los principales desequilibrios macroeconómicos. Aunque sin habersele salido de las manos, ellos subsisten. Esta situación ha acarreado múltiples consecuencias económicas y sociales para la población, sobre todo para la de menores ingresos. ¿Falta de voluntad o de capacidad política? ¿Carencia de una visión de futuro? ¿Mala suerte? Es conveniente reflexionar sobre este tema. Concretamente, ¿por qué Costa Rica no lo ha hecho tan mal en lo económico, en lo social y en lo político?, pero a la vez, ¿por qué no ha logrado hacerlo bien?

Éste documento se encuentra dividido en seis secciones. En la primera, se analizan cuáles han sido los rasgos más sobresalientes de la evolución de la economía costarricense durante el período 1983-1998. En la segunda y tercera se examinan, en su orden, los elementos positivos, o sea, los que sí lograron desarrollarse relativamente bien, y los elementos insatisfactorios, es decir, aquellos cuyo comportamiento no fue adecuado. En la cuarta, se aborda el tema de las opciones a las cuales se enfrenta el país en el futuro inmediato. En la quinta sección se presentan las causas de la situación actual. En la sexta se recogen los puntos de vista de varios estudiosos de la realidad nacional no dedicados a la economía, sino a otras actividades y quienes se distinguen por haber puesto en evidencia una clara vocación por los asuntos públicos de interés nacional. Así, se le ha solicitado la opinión sobre los temas abordados en este documento a Rodolfo Cerdas Cruz (politólogo y político), Enrique Góngora Trejos (químico y matemático), Claudio Gutiérrez Carranza (filósofo y ex rector universitario), Jaime Gutiérrez Góngora (médico y político), Edgar Mohs Villalta (médico y administrador público) y Alejandro Urbina Gutiérrez (periodista e informático).



¿Qué ha sucedido?

A mediados de la década de los ochentas, Costa Rica inició un importante proceso de cambio del sistema económico y financiero. El propósito principal de esa transformación consistió en elevar el nivel de vida general de los costarricenses mediante el funcionamiento más eficiente y competitivo de la economía del país. Para alcanzar tal objetivo fue necesario modificar el modelo aplicado durante las tres décadas anteriores, que se basaba en tres pilares, a saber:

1. El proteccionismo arancelario, mediante el cual se aislaba relativamente a la economía nacional de la internacional. De esta manera, los productores costarricenses –industriales y agricultores– disponían de un mercado local cautivo.
2. La expansión del Estado. Éste, además de guardián del estado de legalidad, asumía las tareas de regular y promover muchas de las actividades privadas, de proteger a ciertos grupos de interés y de producir una amplia gama de bienes y servicios.
3. La alianza política entre la burocracia estatal, los empresarios dedicados a abastecer el mercado nacional y algunos grupos políticos. Como consecuencia de esta alianza el costo del modelo recaía sobre los consumidores. En efecto, los empresarios no presentaban gran oposición a los aumentos de salarios y remuneraciones solicitados por la burocracia, por cuanto ellos podían trasladar el incremento de sus costos de producción a los consumidores, en vista de la protección arancelaria de que disfrutaban.

Al comenzar la década de los años ochentas la situación se tornó insostenible, tanto por razones de naturaleza estructural, como por motivos coyunturales. En cuanto a lo primero –problemas estructurales– el funcionamiento del modelo había puesto en evidencia, sin duda, deficiencias muy importantes. Estas se notaban en diferentes ámbitos:

- **El económico:** la mala asignación de los factores de la producción, resultado del proteccionismo arancelario exagerado.
- **El social:** el costo creciente del modelo recaía, de manera principal, como se indicó, en los consumidores, incluidos los grupos de menores ingresos, en beneficio de los productores y los burócratas.

- **El político:** el alto grado de dependencia de importantes grupos sociales –empresarios, trabajadores, profesionales– de las decisiones del Estado, propiciaba la hipertrofia del sector público, conduciendo a esperararlo todo del Estado.

En cuanto a la situación coyuntural deben señalarse al menos dos hechos. Por una parte, el país padecía la crisis económica más profunda después de la Segunda Guerra Mundial. Los principales indicadores económicos así lo atestiguaban: la inflación, la devaluación, el déficit fiscal, los salarios reales y el desempleo. Por la otra, la deuda externa había llegado a montos tales que tenía al país realmente asfixiado.

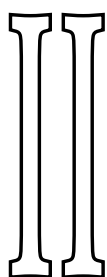
Estos problemas estructurales y coyunturales, como lo indica Lizano, fueron el resultado de la estrategia de sustitución de importaciones (desarrollo “hacia adentro”), basada en el gremialismo, populismo y paternalismo (GPP), modelo de desarrollo responsable de la grave crisis económica de los años 1981 y 1982.

Fue inevitable, por consiguiente, cambiar el modelo hasta entonces vigente. Se trataba de un proceso complejo y difícil. Con el nuevo modelo se propuso alcanzar, de manera específica, dos metas:

1. La inserción más profunda y amplia de la economía nacional, en los mercados internacionales. Esta apertura de la economía costarricense, concomitante con la creciente globalización de los mercados mundiales, abarcaría tanto los aspectos comerciales (el desmantelamiento del proteccionismo y de otros obstáculos al comercio exterior, como las cuotas de importación y los impuestos de exportación), como los financieros (la apertura de la cuenta de capital y la liberalización cambiaria).
2. La racionalización y modernización del Estado. Sus funciones consistirían en:
 - velar por el funcionamiento adecuado del estado de legalidad;
 - asegurar la operación eficaz de los mercados de bienes y servicios y de los factores de la producción;
 - lograr la desregulación de la economía local (eliminar el control de precios, reducir la fijación de salarios mínimos, la liberación de las tasas de interés);
 - buscar la debida protección de los grupos sociales más necesitados.

Se trataba de reconocer por una parte las imperfecciones del mercado (*market failures*), pero por otra, las deficiencias, con frecuencia mucho mayores, del Estado. Se buscaba abandonar el concepto del Estado paternalista y clientelista.

El nuevo modelo exigía mejorar, de manera permanente, la productividad, la eficiencia y la competitividad de ambos sectores, el privado y el público. Si uno de ellos se quedaba rezagado, el otro no podía ir muy lejos. Ambos están vinculados entre sí y son efectivamente complementarios. Este es, en esencia, el proceso de cambio al cual el país ha estado abocado en los últimos quince años.



¿Cuáles han sido los resultados? No tan mal

En los últimos tres lustros el país ha logrado algunos resultados satisfactorios en los campos de la estabilidad económica, de la apertura comercial, del crecimiento económico, del desarrollo social y humano y de la competitividad. Estos resultados pueden catalogarse como “no tan mal”, pues en muchos de ellos Costa Rica ha podido ubicarse por encima de naciones con características similares, pero no han sido suficientes para aspirar a posiciones de vanguardia.

En cuanto a la estabilidad económica, contrario a lo sucedido en muchas naciones latinoamericanas, Costa Rica ha mantenido un relativo control sobre la inflación y la devaluación del colón (ver Cuadro 1). Durante este período, el país no ha sufrido hiperinflaciones, ni tampoco grandes fluctuaciones de la paridad de la moneda nacional. Mientras la inflación alcanzó, en promedio, 16,5 por ciento anual,¹ la devaluación ascendió a 12,5 por ciento. Si bien estas tasas sobrepasan las de la mayoría de países desarrollados, no han representado una situación de crisis. El sistema de minidevaluaciones adoptado durante este período, aún cuando puede haber ocasionado un cierto grado de inflación inercial, evitó la presencia, tanto de variaciones abruptas del tipo de cambio real, como de una incertidumbre cambiaria apreciable.

Otros indicadores relacionados con la estabilidad económica, como los déficit fiscales y de la cuenta corriente de la balanza de pagos, se han mantenido, como promedio anual, en niveles de alrededor de 4 por ciento anual. Estas magnitudes son relativamente elevadas para lograr una consolidación de la estabilidad, pero no tanto como para provocar una crisis. En el campo fiscal inclusive, cuando se exceptúa el rubro de los gastos por concepto de intereses sobre la deuda pública, el Gobierno Central muestra un superávit primario promedio durante el período de 0,5 por ciento del Producto Interno Bruto (PIB). Esto significa que buena parte del problema fiscal obedece a un elevado endeudamiento y a altas tasas reales de interés. El monto del saldo de la deuda pública influye, sin duda, en el problema del déficit de las finanzas públicas.

¹ A partir de 1996 se nota una menor volatilidad y una tendencia descendente en la tasa de inflación, pues ha oscilado entre 11 y 14 por ciento, con un promedio de 12,5 por ciento.

Cuadro 1
EVOLUCIÓN DE INDICADORES ECONÓMICOS: 1983-1998
PROMEDIOS ANUALES
en porcentajes

	1983-86	1986-89	1989-92	1992-95	1995-98	1983-98
PIB per cápita anual en US\$	1.447,7	1.665,1	1.920,9	2.432,4	2.777,7	2.048,8
Crecimiento medio anual PIB real	4,3	4,8	4,8	5,2	2,9	4,2
Inflación ^{1/}	13,6	16,7	19,7	17,0	14,9	16,4
Devaluación nominal ^{2/}	9,9	12,7	15,4	10,0	13,1	12,6
Tasa desempleo abierto	7,5	5,3	4,5	4,4	5,7	5,6
Déficit cuenta corriente/PIB ^{3/}	-4,3	-5,0	-6,7	-5,6	-2,4	-4,6
Déficit fiscal consolidado/PIB ^{4/}	-6,2 ^{12/}	-4,4	-2,8	-3,9	-3,7	-3,8 ^{15/}
Resultado primario Gob./PIB ^{5/}	-0,4 ^{12/}	-0,3	0,5	0,2	1,0	0,5 ^{15/}
Intereses totales Gob./ gastos totales Gob. ^{6/}	13,3	14,6	19,2	21,0	25,0	18,6
Intereses deuda pública interna/PIB (incluye BCCR y resto sect. pub) ^{6/}	n.d.	3,3 ^{13/}	3,9	4,7	6,4	5,4 ^{16/}
Intereses totales deuda pública/PIB ^{6/}	n.d.	8,1 ^{13/}	7,0	6,6	7,8	7,3 ^{16/}
Saldo deuda pública/PIB	113,7	105,7	89,0	82,7	79,2	84,3
Saldo deuda pública interna/PIB	19,7	22,6	28,7	40,0	47,6	40,5
Saldo deuda pública externa/PIB	94,0	83,1	60,3	42,7	31,6	43,8
Saldo deuda pública externa/X ^{7/}	3,4	3,0	1,9	1,1	0,7	1,5
Inversión pública/PIB	6,3	5,1	4,8	5,4	6,3	5,6
RMI netas BCCR (meses de importación) ^{8/}	2,3	3,8	4,0	3,7	3,1	3,2
RMI netas SBN (millones de \$) ^{9/}	2.34,6	527,3	765,1	1.010,9	1.108,9	706,7
Apertura (X+M+Turismo)/PIB	56,9	59,1	71,0	83,2	96,7	79,6
Export. no trad./export. totales ^{10/}	39,2	47,9	61,5	66,3	74,1	65,0
Indice salarios reales (enero 95=100)	94,2	94,3	92,5	96,14	100,9	95,7
Remuneración asalariados/PIB	45,6	47,6	48,9	49,1	49,1 ^{14/}	47,8 ^{17/}
Hogares pobres ^{11/}	n.d.	28,6	29,2	23,2	20,6	25,0

1/ Tasa de variación porcentual del IPC con respecto a diciembre de cada año.

2/ Tasa de variación porcentual del tipo de cambio nominal con respecto a diciembre de cada año.

3/ De 1983 a 1991 el déficit fue calculado según la metodología del IV Manual de la Balanza de Pagos del FMI y a partir de 1992 con el del V Manual de Balanza de Pagos.

4/ Incluye al Gobierno Central, Banco Central de Costa Rica y al resto del sector público no financiero.

5/ Definido como los ingresos totales del Gobierno menos los gastos, excluyendo el pago de intereses.

6/ Los intereses del Banco Central y los de toda la deuda externa son devengados. Los intereses de la deuda interna del Gobierno y resto del sector público son pagados.

7/ Considera las exportaciones de bienes (excluye servicios). De 1983 a 1990 incluye el valor agregado de los regímenes de perfeccionamiento activo y zonas francas y a partir de 1991 el aporte neto de estos regímenes (definido como las exportaciones menos las importaciones de las empresas).

8/ Considera las importaciones de bienes (excluye servicios). De 1991 en adelante incorpora las importaciones de los regímenes de perfeccionamiento activo y zonas francas.

9/ Hasta 1990 se incluían intereses de la deuda documentada con Nicaragua.

10/ Incluye maquila y régimen de perfeccionamiento activo. A partir de 1991 incorpora el valor bruto de estos regímenes.

11/ Porcentaje respecto al total de familias.

12/ Promedio de los años 1985 y 1986.

13/ Promedio de los años 1988 y 1989.

14/ Promedio de los años 1995 y 1996.

15/ Respecto al período 1985-1998.

16/ Respecto al período 1988-1998.

17/ Respecto al período 1983-1996.

FUENTE: Banco Central de Costa Rica, Ministerio de Hacienda y Ministerio de Planificación.

Una área donde Costa Rica también alcanzó importantes avances fue en la de la renegociación de la deuda pública externa, la cual contribuyó al logro de la semiestabilidad alcanzada en el período bajo estudio. Los altos niveles de la deuda pública externa (superior al 100 por ciento del PIB en 1982 y 1983), las elevadas amortizaciones y el pago de intereses, forzaron la moratoria, declarada en julio de 1981, con los acreedores comerciales y bilaterales.² Las autoridades se vieron obligadas, durante casi una década, a un proceso constante de refinanciamientos, reestructuraciones y reprogramaciones de pagos. Las refinanciamientos más sobresalientes se produjeron con la banca comercial internacional en 1983, 1985 y 1989. El acuerdo de 1989 fue realmente el paso definitivo para resolver el problema con los intermediarios financieros privados, pues permitió reestructurar el pago de la deuda y de los intereses atrasados, así como recomprar parte significativa de la deuda mediante la aplicación del Plan Brady.³ El Cuadro 2 recopila la información más significativa sobre la evolución de la deuda pública externa de Costa Rica.

Cuadro 2
INDICADORES DE LA DEUDA PÚBLICA EXTERNA: 1983-1999
millones de dólares y porcentajes

Año	Saldo deuda externa ^{1/}	Saldo/PIB	Intereses devengados/PIB	Intereses pagados/PIB	Intereses pagados/exportaciones ^{2/}
1983	3.228,6	102,6	10,6	10,1	28,7
1984	3.373,8	94,7	8,6	5,6	16,1
1985	3.540,1	90,3	7,0	6,1	20,1
1986	3.577,6	81,3	6,4	4,2	13,7
1987	3.947,4	87,1	6,3	2,3	7,4
1988	4.021,0	87,1	7,2	2,7	8,0
1989	4.032,0	77,2	6,7	2,1	6,0
1990	3.224,4	56,5	4,7	3,3	9,9
1991	3.405,9	60,5	3,3	2,5	7,3
1992	3.321,9	49,3	2,9	2,4	6,2
1993	3.191,4	42,4	2,6	2,1	5,3
1994	3.277,8	39,4	2,1	1,8	4,8
1995	3.267,2	36,3	2,2	2,1	5,1
1996	2.859,7	31,2	2,0	1,7	3,9
1997	2.640,6	27,2	1,8	1,8	3,9
1998	2.872,4	27,4	1,6	1,6	3,2
1999 ^{3/}	3.088,7	28,0	2,0	2,0	3,2

1/ En millones de dólares. Incluye los intereses vencidos y no pagados.

2/ Exportaciones de bienes y servicios no de factores. Incorpora valores netos de los regímenes de Zonas Francas y Perfeccionamiento Activo.

3/ Proyección con base en datos a julio de 1999.

FUENTE: Banco Central de Costa Rica, Sección Balanza de Pagos.

² El servicio de la deuda, en relación con las exportaciones, fue de 27,2 por ciento en 1982, aumentó al año siguiente a 45,1 por ciento y alcanzó el máximo de la década en 1985, al llegar a 51,9 por ciento.

³ El Acuerdo Financiero de 1989, suscrito con la banca comercial internacional el 1º de mayo de 1990, permitió negociar un monto de US\$1.598,2 millones de valor facial de la deuda, del cual se recompraron US\$990,7 millones con un descuento del 84 por ciento, implicando un precio pagado de US\$0,16 por cada dólar de deuda. Esto permitió una reducción de la deuda externa comercial del 65 por ciento y con ello un significativo alivio al alto endeudamiento externo. En términos absolutos la disminución del saldo de la deuda, entre 1989 y 1990, fue de US\$672,6 millones.

La solución del problema de la deuda pública externa fue uno de los importantes logros de finales de la década de los años ochenta. En efecto, después de representar un peso abrumador, que mantuvo el país prácticamente aherrojado durante la década anterior, se logró una negociación muy favorable.⁴ El acuerdo con la banca comercial de 1989-1990 constituyó la reestructuración más beneficiosa alcanzada por un país en vías de desarrollo con este tipo de acreedor. Desde ese entonces, la deuda externa se ha mantenido en límites razonables y no presenta, hasta el momento, peligro para el desarrollo del país.⁵

En el campo de la producción y del consumo también hay avances notorios. Tanto los empresarios como los consumidores han aprovechado las nuevas oportunidades ofrecidas por el modelo de liberalización económica y apertura comercial. Los productores han podido enfrentar los nuevos retos y han contribuido no sólo al aumento de las exportaciones, sino también a su diversificación. Por ejemplo, las ventas de bienes no tradicionales al exterior pasaron de representar el 39 por ciento del total de las exportaciones en 1983, al 80 por ciento en 1998 (véase Gráfico 4). Los consumidores, por su parte, han podido disfrutar de una gama mayor de fuentes de abastecimiento para adquirir los bienes y servicios necesarios para mejorar su nivel de vida. Es clara la amplia diversidad de nuevos bienes de distintas calidades a disposición de los consumidores en la actualidad.

Las reformas adoptadas a lo largo del período en mención, permitieron una mayor apertura internacional de la economía costarricense (véase Gráfico 5). Cuando este concepto es medido por la suma de las exportaciones, las importaciones y los servicios (incluido turismo), en relación con el PIB, se nota un elevado incremento, al pasar de 60 por ciento en 1983 a 108 por ciento en 1998, uno de los más altos de Latinoamérica. Una forma alternativa de observar los logros alcanzados en este campo es mediante la disminución del arancel externo. Mientras a mediados de la década de los ochentas este indicador ascendía en promedio al 80 por ciento, en 1999 se ubicó en menos del 10 por ciento (16 por ciento para la importación de bienes finales).⁶ Asimismo, las exportaciones anuales de bienes por habitante pasaron de US\$358 en 1983, a US\$1.558 en 1998, siendo este monto uno de los más elevados del continente americano.

En cuanto al crecimiento económico, Costa Rica experimentó en los últimos quince años una tasa moderada, pues creció a una tasa real promedio de 4,2 por ciento, alrededor de dos puntos por encima del aumento de la población. Como consecuencia, el PIB por habitante aumentó, aproximadamente, de US\$1.300 en 1983, a alrededor de US\$2.950 en 1998, es decir, más que se duplicó.⁷ El cambio en la composición del PIB debe mencionarse. El sector de servicios, excluido el Gobierno General, pasó de representar 48,2 por ciento en 1983 a 54,8 por ciento en 1998, esto es, los servicios incrementaron su participación en el PIB en casi siete puntos porcentuales (4 puntos el sector de transportes y comunicaciones y 2 el financiero). Uno de los cambios más significativos lo presenta el aumento de la importancia relativa del sector exportador. Mientras en 1983 esta actividad representó 29,6 por ciento del PIB, en

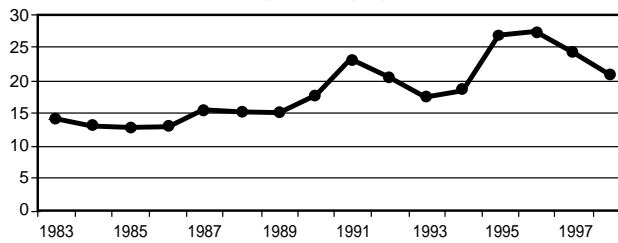
⁴ Ahora, en la década de los noventa, es el peso de la deuda pública interna el que desempeña ese triste papel.

⁵ En la página siguiente se presentan ocho gráficos que describen la evolución de la economía de Costa Rica en diversas áreas. Ver el gráfico 3.

⁶ Sin embargo, todavía prevalece un importante grado de protección en ciertos servicios y bienes agrícolas de más del 100 por ciento en algunos casos. Menores niveles y dispersión de esos aranceles son necesarios para aumentar la eficiencia en una economía pequeña como la costarricense.

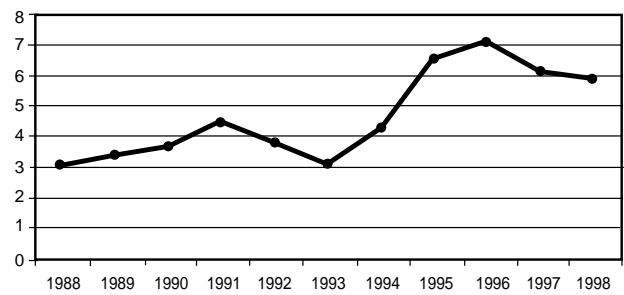
⁷ Estas cifras deben aumentarse en aproximadamente 30 por ciento, debido a problemas de subestimación en el cálculo del PIB. Por consiguiente, alcanzan \$1.700 y \$3.900, respectivamente.

Gráfico 1: INTERESES TOTALES / GASTOS TOTALES DEL GOBIERNO CENTRAL (porcentajes)



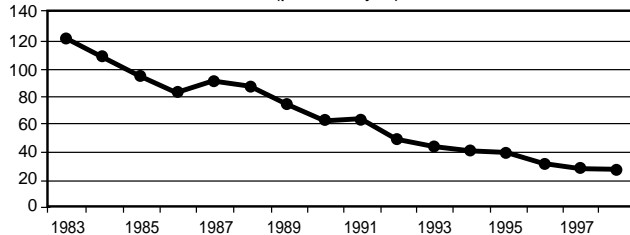
FUENTE: Ministerio de Hacienda.

Gráfico 2: INTERESES DEUDA PÚBLICA INTERNA^{1/} / PIB (porcentajes)



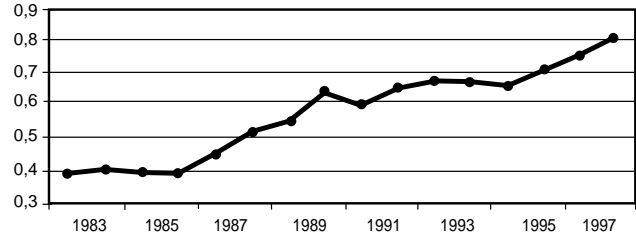
^{1/} Incluye BCCR y Resto del Sector Público.
FUENTE: Ministerio de Hacienda.

Gráfico 3: SALDO DEUDA PÚBLICA EXTERNA / PIB (porcentajes)



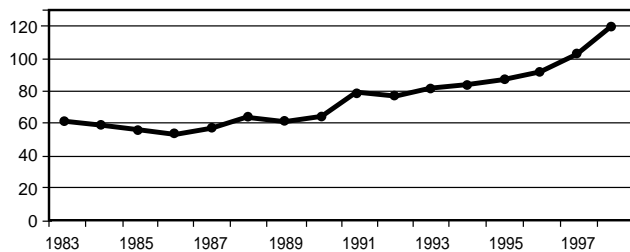
FUENTE: Banco Central de Costa Rica.

Gráfico 4: EXPORTACIONES NO TRADICIONALES / EXPORTACIONES TOTALES (porcentajes)



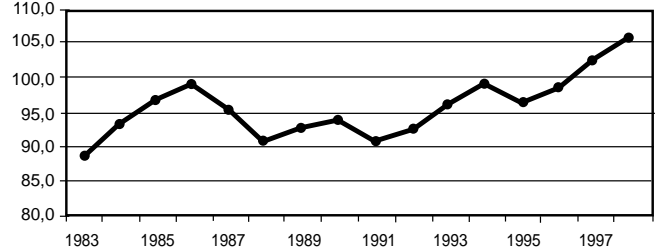
FUENTE: Banco Central de Costa Rica.

Gráfico 5: APERTURA ECONÓMICA^{1/} (porcentajes)



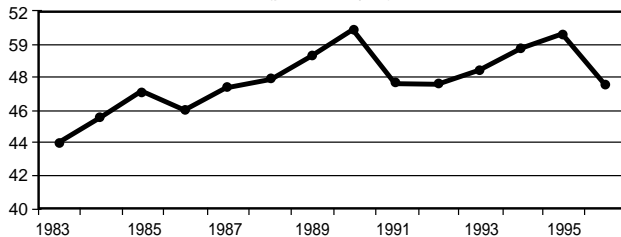
^{1/} Calculada como (X+M+Turismo) / PIB. El comercio de regímenes especiales es valorado por el aporte neto.
FUENTE: Banco Central de Costa Rica.

Gráfico 6: ÍNDICE DE SALARIOS REALES ENERO 1995=100^{1/} (porcentajes)



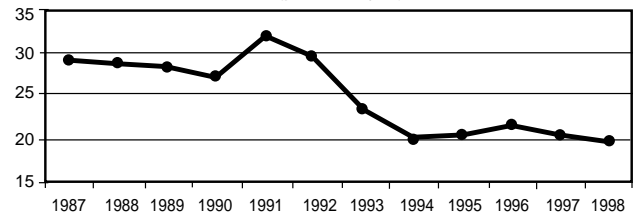
^{1/} Respecto al nivel de diciembre de cada año.
FUENTE: Banco Central de Costa Rica.

Gráfico 7: RENUMERACIÓN A LOS ASALARIADOS / PIB (porcentajes)



FUENTE: Banco Central de Costa Rica.

Gráfico 8: PROPORCIÓN DE HOGARES POBRES (porcentajes)



FUENTE: Instituto Nacional de Estadística y Censos.

1998 su contribución ascendió a 46,2 por ciento. En 15 años las exportaciones de bienes y servicios elevaron su participación relativa en el PIB en poco más de 50 por ciento (16,6 puntos porcentuales). Sin duda este sector ha jugado el papel preponderante en el dinamismo de la actividad económica.

La relativa estabilidad macroeconómica, la renegociación de la deuda pública externa, el incremento del comercio internacional y el ritmo del crecimiento económico han permitido mejoras en el campo social. La tasa de empleo creció mientras que la de desempleo abierto disminuyó de 9 por ciento en 1983 a alrededor de 5 por ciento en los últimos años. La tasa de desempleo es de las más bajas de Latinoamérica, ello no obstante el crecimiento demográfico y la marcada inmigración. Los salarios reales en el sector privado superaron, desde 1986, los niveles del período anterior a la crisis (véase Gráfico 6) y la distribución del ingreso no desmejoró desde 1983 hasta la fecha (Céspedes y Jiménez; Sauma y Vargas); en general, los trabajadores se han beneficiado del proceso de liberalización, pues los salarios, como proporción del PIB, aumentaron de 43,9 por ciento en 1983 a 47,5 por ciento en 1996 (véase Gráfico 7). Los niveles de pobreza, por su parte, según los mismos autores, se redujeron de magnitudes superiores al 30 por ciento del total de familias, a aproximadamente el 20 por ciento (véase Gráfico 8). Otros indicadores como los de salud, nutrición, agua potable y educación presentan también resultados altamente satisfactorios (véase Cuadro 3).

Resultado de los esfuerzos realizados en las diferentes áreas, Costa Rica muestra una posición internacional satisfactoria cuando se utilizan indicadores de desarrollo humano y de competitividad internacional. De acuerdo con el Índice de Desarrollo Humano, preparado cada año por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el país se ha ubicado dentro de un grupo privilegiado, catalogado como de países con desarrollo humano alto. Con excepción de las cifras recientemente publicadas para 1999, que ubicaron a Costa Rica en el lugar 45, el país generalmente se ha situado entre los primeros 40 del mundo y segundo en Latinoamérica (véase Cuadro 4). Esto significa que Costa Rica ha mostrado adecuados indicadores, usados en la medición de dicho Índice, y los cuales están relacionados con la esperanza de vida al nacer, la tasa de alfabetización de adultos, la tasa bruta de matrícula escolar y el nivel del ingreso.

En el campo de la competitividad, Costa Rica también ocupa una posición destacada. Según el último estudio publicado por el INCAE (Doryan), el país logró el lugar 29 dentro de un grupo de 59 países, y segundo en Latinoamérica, pero a una considerable distancia de Chile (número 18). Dentro de los principales factores que influyeron para ubicar a Costa Rica en esa posición, sobresalen, de forma marcada, la situación del mercado laboral (86,3) y el grado de apertura comercial, 76,7 (véase Cuadros 5 y 6). La alta calificación en el campo laboral significa que Costa Rica presenta tanto una elevada eficiencia real y potencial de los recursos humanos, como una importante flexibilidad de los mercados de trabajo. La apertura comercial, por su parte, implica una elevada integración del sector exportador a la economía global y un alto grado de libertad en cuanto al comercio internacional y a la inversión extranjera. Como puede notarse en el Gráfico 9, en ambos campos Costa Rica inclusive supera a Corea, país sugerido por los autores como *benchmark* para el año 2010.

Cuadro 3
EVOLUCIÓN INDICADORES SOCIALES: 1950-1998

Indicador	1950	1960	1970	1975	1980	1985	1990	1995	1998
Salud									
Esperanza de vida al nacer (años)	57,3	63,0	68,1	70,8	73,5	74,7	75,2	75,6	75,6
Tasa bruta de natalidad (por mil)	44,8	50,2	33,2	29,5	31,2	32,0	27,4	24,0	21,5
Tasa global de fecundidad (hijos)	6,9	7,3	4,9	3,9	3,6	3,7	3,2	2,8	2,8
Tasas de mortalidad:									
General (por mil)	11,7	8,6	6,6	4,9	4,1	4,0	3,8	4,2	4,1
Infantil (por mil)	90,1	67,8	61,5	37,9	19,1	17,6	14,8	13,2	12,6
Porcentaje nacim. con asist. médica ^{1/}	37,1	56,1	73,6	82,6	91,5	94,7	95,2	97,7	98,1
Médicos por 1.000 hab.	0,3	0,3	0,5	0,5	0,7	0,8	1,0	1,1	1,6
Población cubierta por REM (%) ^{2/}	7,3	15,4	47,1	59,6	75,7	81,3	82,0	86,4	89,4
Nutrición									
Niños con desnutrición (%) ^{3/}	n.d.	n.d.	13,7	12,3	9,0	6,3	n.d.	5,1	3,7
Agua potable y saneamiento									
Población con agua potable (%) ^{4/}	n.d.	74,1	n.d.	86,8	n.d.	94,5	92,8	96,7	100,0
Disposición de excretas (%)	n.d.	73,2	n.d.	88,1	n.d.	96,1	98,9	98,5	98,8
Educación									
Años promedio de educación ^{6/}	3,1	3,6	n.d.	5,3	n.d.	5,9	6,4	6,8	6,2
% de la PEA con educación:									
Primaria completa	n.d.	n.d.	n.d.	27,4	n.d.	31,7	33,4	33,9	31,2
Secundaria completa	n.d.	n.d.	n.d.	4,8	n.d.	12,2	13,5	13,4	10,1
Tasas brutas de escolarización:									
Preescolar	n.d.	12,0	13,1	28,5	39,3	52,9	61,7	70,3	80,1
Primaria	n.d.	93,0	111,2	107,1	104,5	99,1	102,0	107,5	108,0
Secundaria	n.d.	15,0	33,8	52,7	60,9	49,6	50,5	58,4	60,2

1/ Porcentaje de nacimientos con asistencia médica. Asistencia médica se refiere a partos atendidos por un médico, obstetra o enfermera. La cifra de 1950 corresponde a 1954, año en que el 50,8 por ciento de los nacimientos fueron atendidos por partera o comadrona. Para 1960 ese mismo porcentaje se redujo a 35,8 por ciento.

2/ Régimen de Enfermedad y Maternidad de la Caja Costarricense de Seguro Social.

3/ Se refiere al porcentaje de niños menores de seis años con desnutrición moderada o severa.

4/ Incluye cañería, pozo o fuente pública.

5/ Incluye cloaca, tanque séptico o letrina sanitaria.

6/ Para la población de 25 años y más.

FUENTE: Sauma y Garnier.

Cuadro 4
POSICIÓN DE ALGUNOS PAÍSES
EN EL ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO

	1970	1980	1991	1996	
1998	1999				
Canadá	1	1	2	1	1
USA	2	3	7	2	3
Japón	6	2	1	3	4
Chile	32	35	38	33	34
Costa Rica	35	36	40	31	45
Panamá	39	40	54	43	49
México	36	34	45	48	50
El Salvador	58	66	94	115	107
Honduras	66	68	100	114	114
Guatemala	62	62	103	112	117
Nicaragua	54	59	85	117	121

FUENTE: Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), varios años.

Cuadro 5
ÍNDICE DE COMPETITIVIDAD GLOBAL Y POSICIÓN DE ALGUNOS PAÍSES

País	Posición	Valor del índice	País	Posición	Valor del índice
Singapur	1	2,29	Costa Rica	29	-0,06
Hong Kong	2	2,05	México	33	-0,14
Estados Unidos	3	1,52	Argentina	37	-0,40
Inglaterra	4	1,39	Perú	41	-0,42
Canadá	5	1,36	Guatemala	43	-0,72
Taiwán	6	1,29	El Salvador	47	-0,77
Noruega	7	1,21	Nicaragua	48	-0,83
Holanda	8	1,20	Venezuela	49	-0,87
Suiza	9	1,17	Brasil	50	-0,97
Luxemburgo	10	1,14	Colombia	51	-1,02
Nueva Zelanda	13	0,96	Honduras	52	-1,09
Finlandia	15	0,81	Rusia	58	-1,88
Dinamarca	16	0,74	Ucrania	59	-2,43
Chile	18	0,60			

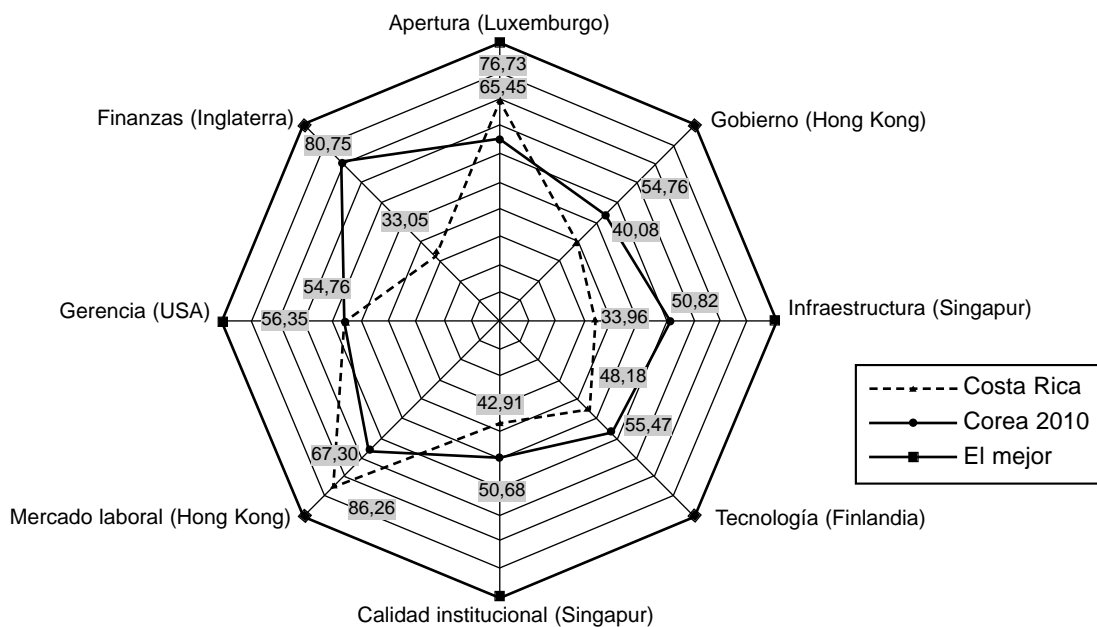
FUENTE: Doryan y otros, pp. 4 y 5.

Cuadro 6
 COSTA RICA Y PAÍSES CON MEJORES REGISTROS
 SEGÚN FACTORES DE COMPETITIVIDAD

Factores	Mejor posición	Posición Costa Rica
Apertura comercial	Luxemburgo (100)	76,73
Desempeño Gobierno	Hong Kong (100)	40,08
Infraestructura	Singapur (100)	33,96
Desarrollo tecnológico	Finlandia (100)	48,18
Calidad institucional	Singapur (100)	42,91
Mercado laboral	Hong Kong (100)	86,26
Gestión gerencial	Estados Unidos (100)	54,76
Mercado financiero	Inglaterra (100)	33,05

FUENTE: Doryan y otros.

Gráfico 9
 LOS OCHO FACTORES DE LA COMPETITIVIDAD
 INDICE GLOBAL



FUENTE: Doryan y otros, p. 23.

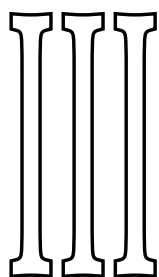
Los mencionados esfuerzos también permitieron a Costa Rica tomar parte, hasta hace algunos años, de un selecto grupo de países calificados como “reformadores”. De acuerdo con el *Annual Report del Economic Freedom of the World, 1997* (Gwartney y Lawson), en el período de veinte años comprendidos entre 1975 y 1995, Costa Rica se ubicó en la posición número 10, dentro de un total de 54 países (véase Cuadro 7). En el ámbito latinoamericano sólo fue superado por Chile (número 3), Argentina (número 6) y Perú (número 9). Según este estudio, Costa Rica en ese lapso superó a países como Tailandia (número 11), Corea del Sur (número 14), Taiwán (número 20), Malasia (número 27) e Indonesia (número 38). Sin embargo, debe destacarse que estos países habían iniciado el proceso de reformas en años anteriores.

Cuadro 7
Posición de países reformadores: 1975 y 1995

País	Posición		Variación	
	Inicial (año) 1	1995 2	Absoluta 3 = 2 - 1	porcentual 4 ^{a/}
1 Nueva Zelanda	4,1 (1985)	8,0	3,9	66
2 Mauricio	3,9 (1980)	7,6	3,7	61
3 Chile	2,7 (1975)	6,4	3,7	51
4 Islandia	2,9 (1980)	6,5	3,6	51
5 Argentina	2,8 (1985)	6,4	3,6	50
6 Inglaterra	4,6 (1980)	7,3	2,7	50
7 Singapur	6,4 (1975)	8,2	1,8	50
8 Filipinas	4,1 (1975)	7,0	2,9	49
9 Perú	2,9 (1985)	6,3	3,4	48
10 Costa Rica	4,5 (1985)	7,1	2,6	47
11 Tailandia	4,8 (1975)	7,2	2,4	46
12 Estados Unidos	6,1 (1975)	7,9	1,8	46
14 Corea del Sur	4,0 (1980)	6,7	2,7	45
20 Taiwán	4,8 (1975)	6,8	2,0	38
23 México	3,8 (1980)	6,1	2,3	37
27 Malasia	5,4 (1975)	7,0	1,6	35
36 Colombia	3,6 (1980)	5,5	1,9	30
38 Indonesia	4,7 (1980)	6,3	1,6	30
50 Brasil	2,3 (1985)	3,7	1,4	18
54 Alemania	5,9 (1975)	6,4	0,5	12

a/ La información de esta columna se obtiene dividiendo la columna 3 por la diferencia resultante de la columna 1 con respecto a 10.

FUENTE: Gwartney y Lawson.



¿Cuáles han sido los resultados? No tan bien

Los resultados observados son relativamente positivos, pero, a decir verdad, no son enteramente satisfactorios. La evolución no debe llamar a engaño: la tendencia general muestra un crecimiento tan solo moderado, una estabilidad precaria, un deterioro en el Índice de Desarrollo Humano, un estancamiento en la mayoría de indicadores sociales y poco aumento en la productividad de los factores. Por este camino no podrá elevarse el nivel de vida de la población de manera importante y sostenible. Si este último fuera el objetivo, sería necesario, sin duda, un esfuerzo nacional mucho mayor.

En el campo de la estabilidad, Costa Rica no ha mostrado capacidad para reducir la inflación a niveles de un dígito y acercarse así a los estándares internacionales. En los años recientes, muchos otros países, incluidos algunos de nuestros vecinos cercanos, han mostrado disminuciones más apreciables de la inflación. Si bien Costa Rica exhibió un aumento en el índice de precios de alrededor de 12 por ciento en los años más recientes, sus principales socios comerciales tuvieron inflaciones de entre 2 y 4 por ciento al año. Además, a excepción de los últimos tres años, la inflación ha mostrado una importante volatilidad. Debe reconocerse que tanto el nivel de la tasa de inflación, como su variabilidad, perjudican a los pensionados y asalariados y además, dificulta las decisiones de los consumidores, los ahorrantes y los inversionistas.

Uno de los principales problemas para consolidar la estabilidad reside en la situación financiera del sector público, por cuanto la magnitud del déficit fiscal y el saldo de la deuda pública constituyen un obstáculo constante. En la actualidad, la deuda pública –interna y externa– como proporción del PIB, asciende a un 70 por ciento. Pero aparte del alto nivel del endeudamiento, la menor disponibilidad de financiamiento externo (a excepción de los dos últimos años) se reflejó en un crecimiento exagerado de la deuda interna. Así, en tanto en 1983 la deuda interna, con respecto al PIB, representaba el 27 por ciento, en 1998 se alcanza un 45 por ciento. Dado el pequeño tamaño del mercado financiero nacional, la necesaria colocación de títulos de la deuda interna ha ejercido una presión constante sobre las tasas de interés, la cual, a la vez, ha aumentado el costo del servicio de la deuda. En los últimos cuatro años el pago total de intereses, por parte del sector público, ha representado cerca del 8 por ciento del PIB y en el caso del Gobierno, casi una cuarta parte de sus gastos totales⁸ (véase Gráficos 1 y 2, p. 19).

⁸ Así, en la década de los ochentas la deuda pública externa era el problema clave, ahora en la década de los noventa, la dificultad principal lo representa la deuda pública interna.

La gravedad del aumento de la deuda pública interna reside en el hecho de que los recursos obtenidos no fueron utilizados con el propósito de realizar inversiones públicas rentables, desde el punto de vista social y económico. Si se hubiera procedido de esta manera, entonces las inversiones hubiesen generado suficientes recursos adicionales para hacerle frente al pago de los intereses y de las amortizaciones correspondientes. La actividad económica del país también hubiese mostrado un mayor dinamismo y la deuda representaría un problema mucho menor. Por el contrario, los fondos se dedicaron al financiamiento de gastos de consumo, tales como pensiones y salarios, consecuencia de un aumento innecesario de la burocracia. Por esa razón, ahora la atención de la deuda pública impide dedicar suficientes recursos a la inversión física (infraestructura) y al gasto social.

Mientras en el cuatrienio 1983-86, período de ajuste luego de la crisis económica, el sector público llevó a cabo inversiones por un monto equivalente al 6,3 por ciento del PIB, en los siguientes dos cuatrienios los montos descendieron a 5,1 por ciento (1986-89) y a 4,8 por ciento (1989-92). Si bien en los últimos dos subperíodos de cuatro años, la inversión pública se ha recuperado de manera paulatina, el esfuerzo ha resultado insuficiente, lo cual se pone de manifiesto en el deterioro marcado de la infraestructura del país. Como resultado, las deficiencias en la red vial, los puertos y los aeropuertos son muy serias, lo cual eleva los costos de los usuarios, incluidos los de los sectores dedicados al comercio internacional. Por otra parte, la composición de los gastos ha afectado también la disponibilidad de recursos para la educación primaria y secundaria, los cuales, según diversos estudios, son altamente productivos y tienen un claro sentido social. En la actualidad son insuficientes para cubrir a la población de edad escolar, ya que el país presenta serias carencias de aulas, pupitres y material didáctico. Con la reforma constitucional de 1996, para dedicar mayores recursos a la educación (6 por ciento del PIB), estas tendencias han empezado a corregirse, pero para observar sus resultados se requiere un período prolongado.

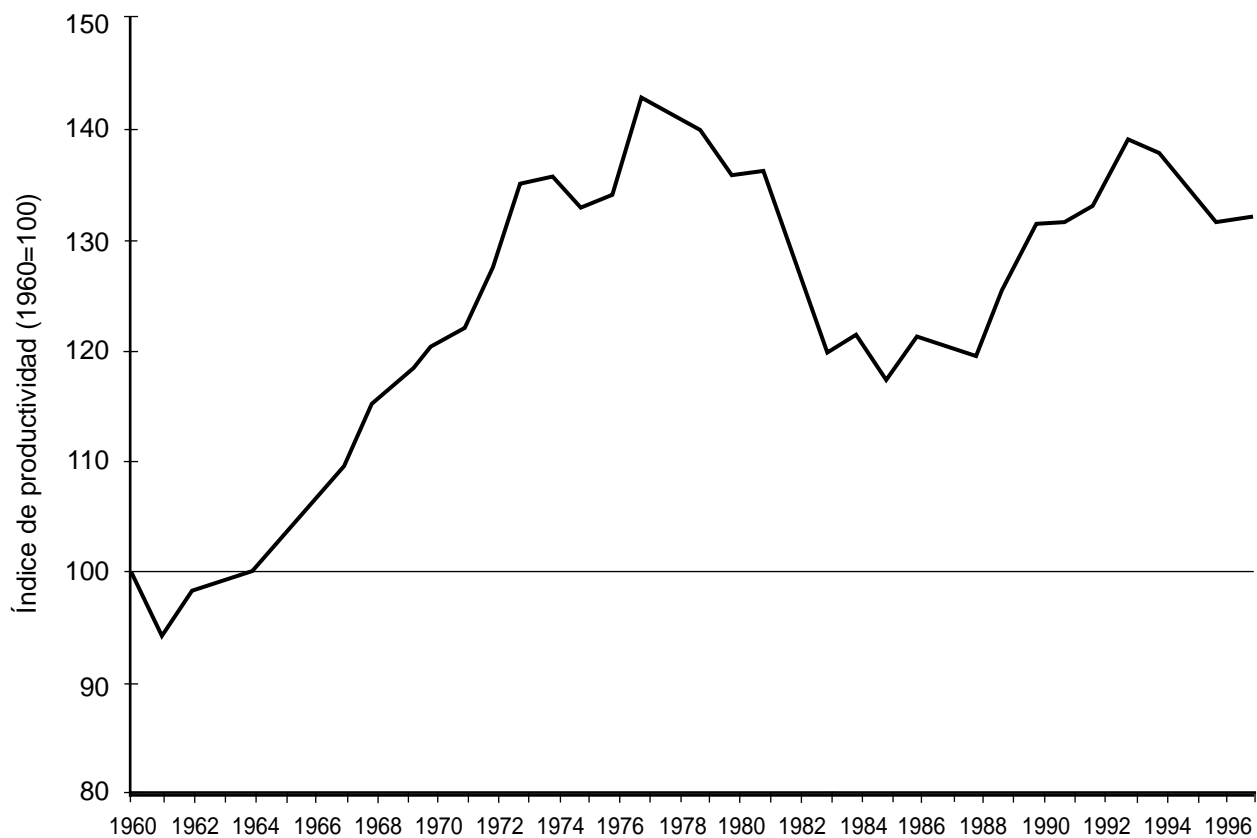
La ausencia de una estabilidad económica sostenida, la lentitud y falta de reformas en campos claves, así como la carencia de recursos para infraestructura y educación básica, han impedido elevar significativamente la productividad de los factores trabajo y capital. En los últimos quince años el comportamiento del PIB en términos reales se explica, principalmente, por la utilización de una mayor cantidad de recursos humanos y de capital y, en mucho menor grado, por el aumento de la productividad de esos factores. En efecto, de acuerdo con los estudios elaborados por Edgar Robles, en el período de 1985-96 la economía creció a una tasa promedio de 4,2 por ciento, explicada especialmente por la contribución de una mayor disponibilidad de capital (1,8 puntos) y de trabajo (1,3 puntos), mientras la productividad de esos factores sólo creció en uno por ciento (véase Cuadro 8). Si bien con las reformas adoptadas en la segunda mitad de la década de los ochentas, se logró incrementar la productividad en 2,3 puntos anuales, contribuyendo con la mitad del aumento del PIB, en los años noventa ella mostró un estancamiento (ver Gráfico 10).

Cuadro 8
 FUENTES DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO: 1985-1996
 en porcentajes

	Crecimiento	Productividad	Contribución	
	PIB	factores	Capital	Trabajo
1985-90	4,6	2,3	1,9	0,4
1990-96	3,8	0,1	1,7	1,9
1985-96	4,2	1,2	1,8	1,2

FUENTE: Robles.

Gráfico 10
 CRECIMIENTO DE LA PRODUCTIVIDAD EN COSTA RICA: 1960-1997^{a/}



a/ Se refiere a la productividad conjunta de los factores trabajo y capital

FUENTE: Robles.

Esta situación también se ha reflejado en bajos niveles de competitividad en algunos sectores específicos. El mencionado estudio de Doryan muestra un desempeño muy pobre en campos como el mercado financiero, la infraestructura y los servicios públicos. Cuando se compara a Costa Rica con los países ubicados en las mejores posiciones en esas áreas, se percibe que son precisamente en esos campos en donde el país necesita mayores esfuerzos. En efecto, en esos sectores Costa Rica sólo logra, respectivamente, índices de 33,1, 34,0 y 40,1, esto es, alrededor de una tercera parte de los países líderes (Doryan). El pobre desempeño del mercado financiero obedece a la falta de mercados de capital para facilitar el consumo y el ahorro, así como a la poca eficacia y eficiencia de los intermediarios financieros para proveer recursos a la inversión productiva. La baja calificación en cuanto a la infraestructura, por su parte, muestra la situación precaria del sistema de transporte, de la red de telecomunicaciones, de la generación y distribución de energía eléctrica, de las facilidades portuarias y de almacenaje; en general, de toda la infraestructura física, lo cual afecta negativamente la productividad de la inversión privada. Finalmente, el pobre desempeño del sector público indica la escasa calidad de los servicios públicos del Estado para apoyar el mejoramiento de la competitividad, así como el limitado grado en que la política fiscal y el aparato estatal facilitan la canalización de los recursos disponibles a la inversión privada. Por ello no cabe duda de que la adopción de reformas adicionales en esos sectores contribuiría, de manera determinante, a elevar la productividad nacional y el ritmo de desarrollo económico.⁹

En cuanto al crecimiento, el país experimentó en ese período una tasa promedio de 4,2 por ciento al año, muy moderada e insuficiente, a todas luces, para elevar el nivel de vida y mejorar los índices de pobreza. También este ritmo es inferior al que potencialmente debería aspirar y podría alcanzar Costa Rica. De acuerdo con estudios realizados por el BID, Costa Rica tiene la capacidad de crecer a tasas anuales entre 6 por ciento y 7 por ciento. Es una verdadera lástima que por falta de decisión, los costarricenses deban vivir en condiciones inferiores a las que bien podrían disfrutar, si se adoptaran las políticas adecuadas. Con un aumento de la población de 2,2 por ciento anual, como el de los últimos años, el crecimiento económico promedio por habitante ha sido de alrededor de 2 por ciento anual. Sin embargo, para reducir, de manera significativa, los niveles de pobreza, el país debe crecer en términos reales a tasas anuales en promedio del 6 por ciento o 6,5 por ciento (4 por ciento en términos per cápita). Dos puntos porcentuales anuales adicionales en el crecimiento del PIB, permitirían al país duplicar el ingreso per cápita en 18 años, en tanto a las tasas promedio actuales le tomaría 35 años.

En el campo social los principales datos indican la necesidad de redoblar esfuerzos para lograr mayores avances. Después de reducir las tasas de desempleo a cifras cercanas al 4 por ciento a principios de los noventas, en los últimos años estas tasas se han elevado al 5 por ciento en promedio en todo el país y a más de 7 por ciento en las regiones Chorotega y Huetar Atlántica, que representan el 17 por ciento de la fuerza laboral de país. De acuerdo con los índices de pobreza, todavía el 20 por ciento de la población no satisface la totalidad de las necesidades básicas y durante los años más recientes no han habido mayores mejorías. Aún más preocupante es el hecho de que en las zonas rurales, particularmente en Guanacaste y en la zona norte, estos índices superan el 30 por ciento. El país también se está rezagando en el progreso educativo. A pesar de los valiosos esfuerzos realizados en los últimos

⁹ En cuanto a la calidad institucional y al desarrollo tecnológico también se requieren esfuerzos significativos, pues los índices alcanzados son de apenas 42,9 y 48,2, respectivamente.

años, en 1998 apenas se logró recuperar el nivel de escolaridad de fines de los años ochentas. Mientras tanto la mayoría de países han mostrado avances más significativos en estos indicadores. Los años de educación de la fuerza laboral costarricense crecen a un ritmo mucho menor que el latinoamericano y el nivel de educación de la población económicamente activa es muy inferior al de los países asiáticos y al promedio mundial. En las condiciones internacionales actuales, estos indicadores son esenciales para mejorar la productividad y competitividad de las economías, pero también la distribución del ingreso.

La preocupación por estos indicadores sociales se corrobora precisamente con los resultados del Informe de Desarrollo Humano para 1999 (PNUD). De acuerdo con ese estudio, Costa Rica descendió once posiciones, pues mientras en 1998 se ubicó en el lugar 34, en 1999 se situó en el 45. La citada baja responde parcialmente a cambios en la metodología utilizada en la elaboración del referido informe, la cual reduce la importancia relativa de la variable ingreso, asociada a la evolución del PIB per cápita, pero fundamentalmente se explica por el deterioro de la mortalidad infantil y de la esperanza de vida, así como por la evolución de la matrícula de los centros de enseñanza primaria y secundaria. En general, se están presentando deterioros significativos en dos áreas que habían permitido al país elevar el nivel de vida y la productividad de la población: la salud y la educación. A juicio de algunos expertos, de no adoptarse las medidas necesarias, la posición del país podría deteriorarse aun más y descender del grupo de países clasificados como de "alto desarrollo humano", donde ocupa la última posición, al de los países de desarrollo humano medio.¹⁰

Aparte de la preocupación por los resultados anteriores, debe destacarse además que el país no ha tenido la capacidad de prever las soluciones para encarar ciertos retos nacionales. Se ha permitido, con el correr de los años, la acumulación de problemas serios. Hoy algunos de ellos presentan ya una situación de gran complejidad. Valga llamar la atención sobre los siguientes:

- La proporción de la población de 12 a 18 años que no cursa estudios secundarios es cercana al 45 por ciento. Un país incapaz de educar a casi la mitad de su población no puede aspirar al desarrollo.
- El deterioro marcado de la infraestructura ha llevado al país a una situación realmente calamitosa. Las quejas de los turistas por esta situación es una constante.
- El descuido en temas relativos al medio ambiente es notorio. Basta mencionar la incapacidad para resolver un problema relativamente sencillo como es el de la disposición de la basura.
- La acumulación de la deuda pública externa, en la década pasada, y la de la deuda pública interna en la actualidad, ponen de manifiesto la falta de previsión del país.

No es de extrañar entonces que el país se quede poco a poco a la zaga. Esto se pone de manifiesto al observar el Cuadro 9: en los años cincuentas el ingreso por habitante de Costa Rica sobrepasaba al de Corea del Sur, Taiwán y Malasia, y en la actualidad, el ingreso per cápita de estos países equivale a varias veces el de Costa Rica. En el caso de Hong Kong y Singapur es de cuatro veces. El país, sin duda, se ha quedado atrás.

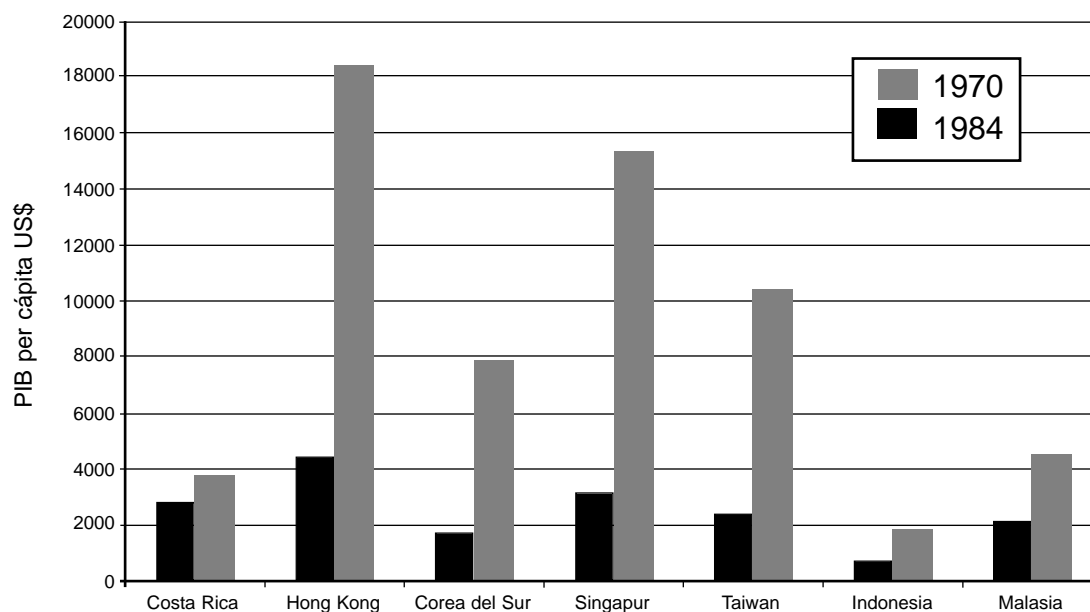
¹⁰ Véase *La Prensa Libre*, martes 13 de julio de 1999, p. 4.

Cuadro 9
 PIB REAL PER CÁPITA DE COSTA RICA Y ALGUNOS PAÍSES ASIÁTICOS: 1970 y 1994
 (US\$ 1985=100)

Países	1970		1994		Variación porcentual
	PIB per cápita	Relación con Costa Rica	PIB Per cápita	Relación con Costa Rica	
Costa Rica	2.793	1,00	3.790	1,00	35,7
Hong Kong	4.453	1,59	18.420	4,86	313,6
Corea del Sur	1.680	0,60	7.875	2,08	368,7
Singapur	3.156	1,13	15.338	4,05	386,0
Taiwán	2.376	0,85	10.402	2,74	337,8
Indonesia	699	0,25	1.798	0,47	157,2
Malasia	2.116	0,76	4.466	1,18	111,0

FUENTE: Penn World Tables.

Gráfico 11
 PIB REAL PER CAPITA DE COSTA RICA Y ALGUNOS PAISES ASIÁTICOS: 1970 Y 1994
 (US\$ 1985=100)



FUENTE: Penn World Tables.

En resumen, el país no lo ha hecho ni tan bien, ni tan mal: la tendencia general muestra tasas de crecimiento moderadas, una estabilidad precaria; productividad y competitividad elevadas en algunas áreas, pero deficiente en otras; indicadores sociales elevados, pero con tendencia al estancamiento. En síntesis, Costa Rica no ha logrado sacar su tarea adelante. El esfuerzo desplegado no ha sido suficiente. Debe reiterarse: por este camino no se saldrá del subdesarrollo. Hay temas a los cuales se les de-

be poner especial atención. La inacción, consecuencia del empate político (oportunismo electoral) y del cortoplacismo (no ver más allá de las narices), ha traído aparejadas dos consecuencias funestas para el país: la acumulación de serios problemas y la aparición de indicios inquietantes acerca de la evolución de ciertos indicadores sociales y económicos.

Con respecto a la acumulación de problemas, debe mencionarse la incapacidad del país para hacerle frente a dificultades en áreas tales como:

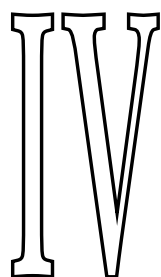
- infraestructura;
- patologías sociales;
- escolarización (en especial de la enseñanza secundaria);
- seguridad personal y de bienes (los “buenos” viven detrás de barrotes y los “malos” deambulan en las calles);
- contaminación ambiental;
- desprotección de la población de tercera edad;
- accidentes de tránsito y de trabajo;
- deuda pública interna;
- corrupción creciente.

En cuanto a la preocupación por la evolución de ciertos indicadores económicos y sociales deben señalarse los siguientes:

- aumento de la mortalidad infantil y, de manera concomitante, la disminución de la esperanza de vida;
- disminución de los años de escolarización;
- incremento de la tasa de desempleo;
- pérdida de confianza en la clase política para resolver los problemas nacionales.

Todo lo anterior confirma una verdadera calamidad nacional. Sin embargo, esta evolución y tendencias no deberían tomar por sorpresa a nadie. Por desgracia, se trata de consecuencias ineludibles, se quiera o no, de la inacción, de la posposición, *sine die*, de la toma de decisiones. Este resultado pone en evidencia la incapacidad de las fuerzas políticas del país para concretar alianzas transitorias, consensos puntuales, acuerdos concretos, para tomar las decisiones y las medidas necesarias a fin de evitar la acumulación de problemas. Es decir, para poder sacar la carreta del atascadero.

El país no puede cruzarse de brazos. Si no se acometen estos problemas con la celeridad y la firmeza requeridas, será prácticamente imposible reducir la tasa de inflación, acelerar el crecimiento y dedicar mayores gastos a programas sociales, educación y seguridad ciudadana y, por consiguiente, mejorar los niveles de vida de la población.



¿Cuáles son las opciones? Los escenarios

A juzgar por los acontecimientos de los últimos años, el proceso de modernización ha entrado en un período de relativa fatiga (*adjustment fatigue*) y los indicadores sociales se han estancado, e incluso algunos hasta se han deteriorado. Las dificultades y obstáculos –la oposición– para transformar el país han resultado mucho más profundos de lo previsto y, lo que es aun peor, la voluntad para enfrentarlos pareciera no existir. El ímpetu inicial se ha perdido, así como el sentido de orientación. Buena parte de estos problemas han surgido debido a la falta de acuerdo entre los principales grupos de interés acerca de qué hacer. Así, el conflicto social ha llegado a representar un serio impedimento para lograr resultados económicos satisfactorios.¹¹ Asimismo, se han presentado dificultades para determinar cómo proceder para lograr los propósitos y metas nacionales de mediano y largo plazo, cuando ellos existen. El panorama ha estado dominado por profundas divergencias sociopolíticas. Las decisiones, o no se toman del todo, o bien, se adoptan pero al final de cuentas no se ejecutan. En realidad, las propuestas de solución no han escaseado, los diagnósticos han abundado, pero el paso de las ideas a los hechos no se ha concretado de manera satisfactoria.

Ante este panorama, Costa Rica se enfrenta a dos escenarios mutuamente excluyentes y cuyos resultados son muy diferentes: (i) mantener el *statu quo*, es decir el relativo inmovilismo característico de la situación actual o (ii) acelerar el proceso de cambio e impulsar así un desarrollo social y económico sostenido.

Como es previsible, el primer escenario consiste, en esencia, en administrar lo que se tiene en la actualidad, es decir, hacer más de lo mismo, posponiendo así las acciones para un futuro indeterminado.¹¹ Los problemas se acumularían todavía más y, por lo tanto, el progreso sería poco significativo: la estabilidad financiera continuaría apenas precaria y el desarrollo económico y social tan solo marginal. De emplearse refranes populares, esta situación se describiría de diversas maneras: “nadadito de perro”, “carreta atascada”, “jinete a medio camino”, “ni para atrás ni para adelante”, “empate sociopolítico”. Todas estas expresiones en el fondo, ilustran una situación entrabada, atascada, estancada, con el consiguiente desencanto sobre la organización institucional del país y la incredulidad creciente

¹¹ “... social conflict can be a major impediment to successful economic performance”, Jeffrey D. Sachs, 1990, p. 5.

¹² Se confirma así la posición de Sachs (1990, p. 6): “Economic policy making in Latin America remains a battleground of conflicting classes, sectors, regions, and ethnic groups”. Es decir, ¡una batalla campal de todos contra todos, todos los días!

acerca de la democracia, como si este sistema político no fuera el adecuado para solucionar las dificultades principales de la sociedad costarricense.¹³

Las consecuencias de continuar bajo este escenario son bien conocidas:

- Se agravarían los problemas derivados de la deuda pública interna, así como la calidad de los servicios públicos, la educación, la salud y la infraestructura.
- Se desperdiciarían oportunidades. El país no ofrecería las condiciones para lograr los niveles de ahorro e inversión requeridos, ni para generar suficientes fuentes de empleo bien remuneradas.
- Se mantendría un crecimiento económico y un mejoramiento social raquíticos y una estabilidad macroeconómica tambaleante. Los choques externos enfrentarían al país, fácilmente, ante situaciones azarosas.
- Sería muy difícil, para el grueso de la población, mejorar su calidad de vida, con las consiguientes presiones sobre el sistema político y social.
- Se perdería la credibilidad en el sistema democrático y en el sistema de legalidad y también la fe en un sistema judicial que garantice una justicia cumplida y oportuna.

Esta inacción actual perjudica seriamente a todos los grupos sociales y al sistema político. ¿Serán los recientes resultados del Índice de Desarrollo Humano, que muestran un deterioro relativo en la esperanza de vida y en la matrícula escolar, consecuencias del inmovilismo y de esa visión cortoplacista? ¿Serán también los últimos resultados de la encuesta realizada por la Universidad de Costa Rica sobre la desconfianza en la clase política, parte de esa situación?¹⁴

Los dirigentes políticos nacionales no deben esperar el empeoramiento de la situación –¿aparición de la crisis?– para decidirse a actuar. El costo social –inflación, desempleo, pobreza– sería sin duda muy elevado, como lo fue en los años 1981 y 1982. Es necesario escapar de esta cultura política, poner en marcha a los poderes públicos y a las organizaciones privadas y evitar así el estancamiento y el retroceso del país. Es primordial que la clase dirigente escuche y debata planteamientos sobre la realidad nacional y el entorno mundial. Pero igualmente importante es tomar las decisiones necesarias de manera oportuna. Es indispensable enviarle a los ciudadanos un mensaje de confianza y de esperanza, pero este debe ir acompañado de la toma de medidas concretas para enfrentar los retos del país. Nada más perjudicial para la población, en general, y para los agentes económicos, en especial, que el inmovilismo y la falta de decisiones. Un país como Costa Rica, con sólidos logros políticos, sociales y económicos a su haber, debe ser capaz de transitar los caminos del cambio y del progreso. El país no debe continuar en esa situación de estancamiento. Los problemas se acumularían de manera muy peligrosa. Mañana podría ser tarde.

¹³ Este problema se presenta no solo en Costa Rica, sino en muchos otros países desarrollados y en vías de desarrollo. Tal es el caso de Francia, en donde la Comisión Social de la Conferencia Episcopal publicó recientemente (17 de febrero de 1999) un documento sobre este tema con el sugerente título de “Réhabiliter la Politique”.

¹⁴ Dentro de ellos destacan los siguientes: el 85 por ciento cifra sus esperanzas en un hombre fuerte y decidido que ponga orden; el 78 por ciento censura la despreocupación de los gobernantes por las necesidades de la gente; el 90 por ciento tiene una opinión mala o regular de los políticos y el 45 por ciento estima que la situación del país estará peor en los próximos cuatro años (Universidad de Costa Rica).

Es de esperar que vistas las consecuencias negativas de esta primera alternativa para el país, la gran mayoría de los dirigentes optarán por el otro enfoque. Su objetivo es sencillo y claro: superar la actual parálisis y poner en evidencia la capacidad del sistema democrático en la solución de discrepancias, y así poder aunar criterios y adoptar las medidas necesarias para lograr el desarrollo social y económico. Este segundo escenario corresponde al del progreso humano y material. Es, sin duda, el más conveniente para Costa Rica. Sin embargo, como se ha indicado en otras ocasiones, ningún país está “condenado al desarrollo”. Ciertamente, las naciones pueden optar o no por la adopción de las políticas necesarias para sacar al país del subdesarrollo y elevar el nivel de vida de la población. Es muy importante reconocer que el proceso de desarrollo no se da de manera automática, tan solo con dejar transcurrir el tiempo, ni acarrea solo beneficios, sino que también tiene costos –políticos, sociales, económicos–. Si el desarrollo sólo beneficios produjera, nadie se opondría a él. Pero no es así. Por consiguiente, siempre existen ciertos grupos sociales opuestos al cambio y al proceso de desarrollo. Son aquellos que ven peligrar las ventajas y los beneficios del *statu quo*. Los dirigentes y la población deberán tomar la difícil decisión de si están dispuestos o no a emprender el duro camino –basado en la disciplina y el sacrificio– del proceso de cambio –económico, social y político–.

Si se decide tomar el camino del progreso, esta opción, a no dudarlo, presenta retos, riesgos y sacrificios ineludibles. La agenda es copiosa y compleja. En primer lugar, deberá buscarse la manera de agilizar la aprobación de proyectos legislativos para modernizar la sociedad y la economía y para completar el programa inconcluso de modernización puesto en marcha en los últimos quince años. Esto requerirá buscarle una solución al **empate político** existente entre los diferentes grupos laborales, empresariales y políticos, con intereses contrapuestos. La inacción, consecuencia de este empate, obstaculiza seriamente concretar los cambios requeridos, con la debida urgencia. Será necesaria una gran dosis de patriotismo, visión y consistencia de parte de la clase política. De no ser así, prevalecerán los intereses particulares y el interés general se malogrará, en detrimento de las grandes mayorías.

Este escenario será factible en el tanto puedan evitarse los planteamientos grandilocuentes y los planes integrales. No se trata, en efecto, de pretender construir el paraíso sobre la tierra. Se busca mejorar las oportunidades de toda la población (educación, salud, trabajo), crear condiciones propicias para la innovación y construir una economía flexible para enfrentar los retos y aprovechar las oportunidades, es decir, se trata de perder el miedo a la libertad. Concretamente, se aspira a mejorar las condiciones de vida, a reducir la pobreza y a disminuir las desigualdades. Para ello, no se requieren grandes consensos nacionales, sino más bien alianzas limitadas y transitorias, para poder dar pasos concretos y tomar medidas específicas. Lo importante es ponerse de acuerdo en el qué hacer y no enzarse en disquisiciones interminables acerca de por qué se está de acuerdo en dar este paso, o en tomar aquella medida. En el área académica sería el tema preferido del debate, pero en la arena política este obstaculiza la acción y, por lo tanto, sale sobrando.

Las propuestas para dar solución a los problemas nacionales deben ser analizadas tomando en cuenta el interés general, los beneficios y costos para la sociedad y el desarrollo del país. Deben dejarse de lado el debate exclusivamente ideológico, el oportunismo político electoral y la defensa de intereses particulares. Como lo afirmaba recientemente Juan Pablo II en feliz expresión “los desafíos que se plantean a un Estado democrático exigen la cooperación solidaria de todos los hombres de buena

voluntad que, independientemente de su opción política y de su ideología, desean construir juntos el bien común de la patria..." (pp. 5-6).

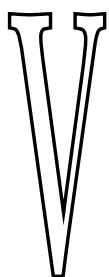
Las posibilidades de desarrollo dependen de las decisiones que tomen los mismos costarricenses, pero si ellos no lo hacen, alguien lo hará del exterior.¹⁵ El país cuenta con un buen prestigio internacional, reconocido por doquier. Deben aprovecharse las condiciones favorables para dar el salto cualitativo. Adoptar las políticas adecuadas permitiría crear un entorno propicio para lograr tasas de crecimiento económico más elevadas, mayor estabilidad macroeconómica y, a la vez, sentar las bases para elevar la calidad de vida de toda la población. En realidad en este momento no se requiere cambiar el modelo de desarrollo, como a principios de los años ochentas. Sin embargo, si resulta indispensable profundizarlo y complementarlo con acciones que permitan al mismo tiempo beneficiar a los diferentes estratos de la población, especialmente los más necesitados, y mejorar la eficiencia y productividad de la economía (salud, educación, pensiones, seguridad ciudadana, infraestructura). La situación amerita poner manos a la obra a la mayor brevedad.

El resultado final de la evolución de la economía de Costa Rica, analizado en las secciones segunda y tercera de este documento, ha sido grave para el país. En efecto: no se resuelven los problemas, ejemplo claro de ello es el comportamiento de los desequilibrios macroeconómicos y el ritmo insatisfactorio del crecimiento económico (ni tan mal, ni tan bien); no se ha mostrado capacidad de previsión, es decir se ha permitido la acumulación de problemas nacionales, la acción se pospone *sine die* (se deja para mañana lo que podría hacerse hoy); se mantiene una superposición de modelos: de manera simultánea, se está ante importantes elementos del viejo modelo que se desea cambiar y de otros propios del nuevo modelo que se desea establecer, pero ninguno de los dos llega a prevalecer (ni para adelante, ni para atrás).¹⁶

Como consecuencia del empate al que se ha hecho referencia no es de extrañarse entonces que ya comiencen a aflorar los efectos indeseables en diferentes campos políticos, sociales y económicos de la vida nacional.

¹⁵ "... a country has to buy its own ticket to success...", Jeffrey Sachs, 1994, p. 504.

¹⁶ Así por ejemplo, se reduce el arancel externo de manera significativa, pero persisten importantes medidas proteccionistas; se desmantela el capitalismo estatal (venta de empresas de CODESA), pero el proceso de privatizaciones se encuentra estancado; se liberalizan ciertos mercados (crediticio, laboral), pero no otros (seguros, telecomunicaciones, energía, banca extranjera).



¿Qué ocasionó la situación actual? Las causas

En esta sección se trata de indagar acerca de las razones y causas que permitirían explicar lo ocurrido al país en estos últimos quince años. Se busca reflexionar sobre interrogantes como las siguientes:

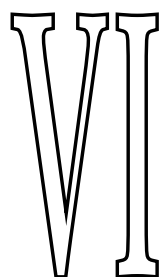
1. ¿Por qué en algunas ocasiones se ha podido actuar de manera tal que los problemas no se vayan de la mano, que el río no se salga del cauce, pero, a la vez, no se ha sido capaz de enfrentarlos con decisión para resolverlos? Este es el caso, por ejemplo, de los desequilibrios macroeconómicos y del crecimiento económico, comentado en las páginas anteriores, con respecto a los cuales no se ha actuado tan mal, pero tampoco tan bien ¿Por qué ha existido decisión política para lo primero, pero no para lo segundo?
2. ¿Por qué ha resultado tan difícil, durante el período analizado, tomar decisiones importantes en relación con el rumbo –político, social, cultural, económico– más conveniente para el país? La pregunta acerca de “qué hacer” en estos campos no ha podido contestarse de manera satisfactoria. La pugna ideológica y el oportunismo político han desembocado en un verdadero empate entre las principales agrupaciones políticas, el cual ha llevado al país a la inacción, al inmovilismo, es decir, a una situación en la cual no se marcha ni para adelante, ni para atrás.
3. ¿Acaso el “cortoplacismo” ha sustituido a la visión de largo plazo, necesaria para abocarse a la solución de los principales problemas nacionales? Si este fuera el caso, ¿por qué ha sucedido este fenómeno?
4. ¿Por qué se ha perdido, por un lado, la percepción acerca de los costos y los beneficios, generales y particulares, de mantener el *statu quo* y, por el otro, la de los costos y los beneficios, generales y particulares, del proceso de desarrollo? ¿Prevalecerán los intereses de “clase” (Marx) o al fin y al cabo las ideas (Keynes)?
5. ¿Reflejará de manera acertada la situación del país la afirmación reciente de Julio Rodríguez cuando indica que “... nosotros los herederos nos hemos venido comiendo sin misericordia ni racionalidad el patrimonio recibido...,... nos lucimos por los trofeos que nos dejaron nuestros antecesores, pero nosotros no hemos enriquecido el patrimonio con obras nuevas... No hemos puesto a fructificar los talentos recibidos. Deberíamos ser, desde hace años, un país desarrollado, pero hacemos esfuerzos indecibles para sumirnos en el subdesarrollo”.

6. Será acaso necesario enfrentarse a la inminencia de una crisis severa o, peor aún, haber caído ya en ella, para que la sociedad costarricense reaccione y decida, al fin, tomar las medidas necesarias –tomar el toro por los cuernos– para sacar a Costa Rica del inmovilismo y retomar la senda del cambio y del progreso. El profesor Harberger comulga con esta tesis. En efecto, en una entrevista recientemente publicada afirmaba sin ambages “... most major economic policy changes come in moments either of actual crisis or perceived crisis, that societies that are comfortable rarely want to change their confort level even though sensible reforms promise to improve things. They may be willing to make “little” sacrifices but not big ones in the hope of promised improvements. This helps explain why major changes have nearly always come at moments when people were reacting to a crisis situation” (p.36).¹⁷

¿Significa esto que solo cuando el país se enfrente a una situación de crisis podrá salirse del inmovilismo actual? Así, aconteció en Costa Rica hace pocos años: no fue sino cuando ocurrió la gran crisis de los años 1981-82 que se optó por cambiar de modelo. De no haber ocurrido esos momentos críticos, difícilmente el país hubiera aceptado avanzar en otra dirección.

¿Prevalecerá la irracionalidad colectiva? Es decir, ¿será necesario acaso llegar al borde del precipicio (*brinkmanship*) o caer en la crisis misma para reaccionar? ¿O un mínimo de racionalidad colectiva permitirá a la sociedad costarricense ahorrarse los elevadísimos costos sociales, económicos y políticos, que toda crisis trae consigo?

¹⁷ *The Economist* esgrimió una tesis semejante al afirmar que “... it is easier to implement painful policies in the midst of a crisis” (29 de mayo de 1999, p. 15).



Comentarios

A continuación se transcriben los puntos de vista de las personas consultadas, a quienes se hace referencia al comienzo de este documento, sobre los asuntos planteados en las secciones precedentes.

1

La impostergable y necesaria reforma política

Rodolfo Cerdas Cruz

El trabajo de Eduardo Lizano y Norberto Zúñiga sobre la evolución de la economía costarricense en el período comprendido entre 1983-1998, no es uno de economía pura, sino que podría ubicarse en la tradición de la llamada economía política del desarrollo. Plantea algunas cuestiones fundamentales referidas tanto a las razones que originaron la situación actual, como a las perspectivas y retos del desarrollo futuro. Específicamente se pregunta a qué obedece la incapacidad manifiesta de avanzar con la rapidez y por el camino que conduce al desarrollo y a la superación de las serias limitaciones de que adolece nuestra economía y sociedad, en esta época de cambio y globalización. ¿Falta de voluntad para acometer las tareas planteadas o falta de capacidad política de nuestra dirigencia para asumir la conducción política del proceso y cumplir con las responsabilidades correspondientes? ¿Carencia de una visión de futuro por parte de nuestra clase política dirigente?

Los autores, aunque ponen su énfasis en el aspecto económico de las cuestiones, no dejan de responder de muy diversa y sugestiva manera a las preguntas esenciales. Lo hacen con sumo cuidado y prudencia, aunque quizá estos en demasía para mi propio gusto. Sin embargo, al discernir los posibles cursos de acción, de modo inevitable terminan poniendo en evidencia, en las alternativas planteadas, algunas de las causas principales que explican tanto el deterioro como el estancamiento, característicos de la situación actual.

Esta contribución pone deliberadamente el énfasis en lo sociopolítico y propone lo que me atrevería a calificar de hipótesis fundadas, útiles para intentar explicar el camino sin salida al que hemos llegado y ensayar algunas respuestas a las cuestiones que se formulan en el trabajo en cuestión.

1. Si bien es cierto que la crisis de 1982 dio origen a un nuevo camino que, en sus avances y limitaciones, es el que se estudia en este trabajo, la verdad es que no debemos exagerar las diferencias

políticas de fondo con la situación actual. Porque, guardando las distancias y circunstancias, en el fondo de nuestra realidad estatal, gubernamental y societal, parecen permanecer los mismos actores y subsistir las mismas causas sociopolíticas profundas, que originaron internamente la crisis de entonces y la parálisis de hoy.

Ciertamente, las circunstancias actuales son distintas. También lo son las orientaciones fundamentales de nuestra economía, vuelta hacia el mercado mundial, más abierta y orientada al mercado libre que a la planificación y la intervención estatal. La filosofía económica y la apertura comercial han tomado otros rumbos muy diferentes del modelo proteccionista e intervencionista anterior; y han adquirido, en múltiples aspectos, características diferentes. Sin embargo, cuando enfrentamos la línea de obstáculos institucionales, sociales y políticos que nos impiden avanzar y saltar hasta el desarrollo, comprobamos que se repiten las mismas constantes que originaron la crisis aguda de los años 80; que la incapacidad de las dirigencias partidarias y de los órganos legislativos y ejecutivos correspondientes, para adoptar y ejecutar las decisiones oportunas, correctas y necesarias, continúan ancladas en las mismas arenas y mostrando una y la misma parálisis institucional anquilosante.

De otro lado, es bastante evidente que el cortoplacismo en los objetivos y cálculos de los políticos y gobernantes, sigue siendo del mismo tipo que el de la etapa anterior; que una idéntica miopía en la comprensión de los problemas nacionales, por parte de los principales actores políticos, continúa marcando el quehacer parlamentario del país; y que un empate similar de fuerzas sociales y políticas contrapuestas, que se traduce en paralización institucional y vacuidad en la toma de decisiones, adquieren clara expresión en el momento mismo en que deben fijarse políticas económicas y sociales sustantivas, y formularse y ejecutarse soluciones verdaderamente significativas.

Todos estos factores confluyentes, hacen imposible la adopción ya no, digamos, de un nuevo y claro rumbo de nuestra economía y sociedad; sino que ni siquiera permiten acordar aquellas medidas puntuales y coyunturales capaces de resolver, en el plazo inmediato al menos, algunos de los problemas y retos planteados que confronta nuestra sociedad.

La Asamblea Legislativa, como reflejo de lo que ocurre en nuestra vida política y social, es la mejor expresión de esta parálisis inconducente. Depender de la Asamblea, en su condición actual, para resolver una situación urgente y sustancial, no significa otra cosa que una buena manera de ver morir las soluciones sin adoptarlas.

2. Costa Rica, a diferencia de las otras naciones latinoamericanas, no tuvo una transición de la dictadura a la democracia. Pero sí ha vivido un conjunto de cambios, que implican transiciones diversas que no se han podido asimilar ni completar de un modo pleno y satisfactorio.

Hemos pasado así de la vieja sociedad rural a una urbana, con la emergencia inevitable de infinidad de problemas sociales inéditos. Nuestro modelo económico tradicional de intervencionismo estatal, proteccionismo, mercados controlados cuasimonopolíticamente, etc., entró en crisis y, poco a poco, se ha visto reemplazado por medidas de apertura comercial y económica, que no ha sido posible llevarlas hasta sus últimas consecuencias. Políticamente, el sistema salido de la Constitución de 1949 fue entrando en crisis, en particular en aspectos que tienen que ver con nuestra filosofía política, no tanto en lo referente a las libertades civiles y políticas, que se han

consolidado, como en lo que se refiere a la estructura, las funciones y los fines del Estado. Ha devenido notorio el descontento popular con diversos aspectos de nuestro sistema actual de representación política, utilizando las listas cerradas y bloqueadas, que impiden cualquier forma de *accountability* o rendición de cuentas del elector. Asimismo han hecho su aparición fracturas importantes entre el espacio acordado a las garantías ciudadanas y civiles de un lado; y, de otro, el monopolio de la cosa pública por las dirigencias partidarias y los funcionarios gubernamentales. Esto último, en un momento plenamente propicio para el incremento de la organización y participación de la sociedad civil en los asuntos públicos, ha puesto en contradicción la demanda de profundización de la democracia, aunque con eficacia gubernativa, con la rigidez de las estructuras y formas de funcionamiento de los partidos, los órganos y los servicios del Estado.

3. De otra parte, la solución funcional de ciertos problemas del pasado, ha devenido exactamente en su contrario. Un ejemplo palpable de esto lo representa el sistema de servicio civil y los mecanismos de control contra la corrupción, para no mencionar otras políticas y prácticas (como la multiplicidad de sistemas de pensiones, el traslado automático de deudas al Banco Central, el endeudamiento interno y externo, etc.), que han devenido en factores negativos, exactamente con resultados opuestos a los buscados inicialmente.

Pero detengámonos en los dos primeros ejemplos mencionados. En el caso del Servicio Civil, luego de ser un notable avance contra la práctica del *spoils system* predominante y frenar las persecuciones por razones políticas –amén de garantizar al grupo vencedor en la guerra civil de 1948 el control cuasimonopólico de la administración pública–, poco a poco el sistema de servicio civil generó una cultura altamente negativa del funcionario y el empleado, que necesita ser radicalmente cambiada. En efecto: una especie de sentido de propiedad del puesto, de certeza de inamovilidad por el derecho propio del simple nombramiento en el cargo, devino en el olvido de la necesaria e indisoluble relación existente entre el cumplimiento de las obligaciones de eficiencia y calidad en el servicio y en el desempeño del puesto, y la valoración, calificación, permanencia y justificación en el puesto y en el gasto. Al dejar de lado esta vinculación esencial entre servicio necesario, empleo público, eficiencia y justificación, se fue convirtiendo al puesto público, al servidor y, por su medio, a la administración pública, en una especie de **fines-en-sí**, y no **en-medios-para**, como naturalmente lo define su propia doble naturaleza: pública y de servicio.

La consecuencia política de todo esto –unido a los problemas fiscales y financieros de una sobrecarga del empleo público y de las funciones del Estado– ha sido múltiple: la caída en plomada de la calidad de los servicios de la administración pública; la imposibilidad de despedir empleados, sancionar las faltas y reestructurar los servicios públicos y los organismos del Estado, para modernizarlos y hacerlos más funcionales y eficientes; la aceptación acrítica del criterio de que el empleado público y sus derechos laborales son finalidades en sí mismos y no tienen especiales obligaciones con sus congéneres empleados en la actividad privada y con la ciudadanía en general; y, finalmente, la pérdida de autoridad y jerarquía, que impiden una conducción eficaz de los asuntos públicos, por la pérdida de la capacidad de mando, de sanción y de despido, así como de control eficaz y evaluación rectificadora de instituciones y servicios.

Por lo que hace a la necesidad impostergable de control sobre los negocios del Estado, lo que empezó siendo un mecanismo útil y necesario dirigido a evitar la corrupción, a eliminar el peso de

las relaciones primarias –de partidarios, parientes y amigos– en la adjudicación de contratos y obras del Estado, etc., se ha convertido en una maraña de leyes, reglamentos, trámites y burocracia que, en último análisis, ha tenido resultados positivos decrecientes. La realidad demuestra que la multiplicación de controles, de muy diverso tipo y naturaleza, no pudieron impedir que la corrupción administrativa se disparara a niveles nunca antes alcanzados. Sin embargo, sí se dio un efecto adicional perverso: de hecho y de derecho se dificultó seriamente, hasta llegar a hacerla casi imposible, la toma de decisiones, la ejecución eficiente y oportuna de las obras y los contratos y, por ahí, de la solución real de los graves y urgentes problemas nacionales.

4. A todo lo anterior debemos sumar otras características que han surgido en la vida nacional y que, desde el Estado y la acción gubernamental, frenan y distorsionan el desarrollo: una **tramitología infernal** que impide la inversión o la dificulta al máximo, y que sólo se supera si se introducen *ad hoc* ciertos beneficios y excepciones; una visión maniquea de los derechos gremiales que omite totalmente el contexto social donde aquellos se ubican y tienen sentido y que, al fin y al cabo, sacrifica el todo a la parte; un predominio de los intereses parciales de diversos grupos de presión que sólo conciben la acción de gobierno mediante la protección y conservación de privilegios y prácticas ineficientes y monopolísticas.

Por si todo ello fuera poco, a eso deben sumarse unas dirigencias partidarias ancladas en sus intereses electorales más cortoplacistas e inmediatos; incapaces de asumir los riesgos y responsabilidades inherentes a una conducción política seria y de largo alcance; y claramente desfasadas de los cambios operados a nivel nacional y mundial, con una alta capacidad para decir no, pero absolutamente imposibilitados de proponer alternativas viables y positivas.

Estas dirigencias, una y otra vez, muestran en su gran mayoría que están **desactualizadas**; no son conscientes de los cambios profundos de época en que vivimos y sólo se ocupan de ésta –las pocas veces que lo hacen– para acudir a una retórica de frases vacías y sin significado alguno, tales como “en este fin de siglo”, “en el milenio que comienza”, etc. Con la crisis de los modelos tradicionales y con una capacidad creativa mínima, estas dirigencias se presentan a la ciudadanía con planteamientos y orientaciones muy similares, que acaba mezclándolas y confundiéndolas unas con otras.

Esta asimilación programática, ideológica y hasta de estilo y lenguaje, políticamente desemboca en un **mimetismo** partidario, donde pareciera dar lo mismo votar por un partido que por otro: de ahí la generalizada frase popular, dirigida a descalificarlos, diciendo que **son lo mismo**. Siendo la lucha principal no contra los otros, de los que en poco o nada se diferencian, estas dirigencias se concentran en la conquista de la candidatura de su propio partido y terminan embebidas en un **inter-nismo** que, una y otra vez, enfrenta a unos aspirantes contra otros, convirtiendo estas confrontaciones, para ellos y sólo para ellos, en la cuestión política más importante a resolver, al margen de los problemas reales del Estado y de las preocupaciones concretas del ciudadano y la nación.

Otros rasgos adicionales, también presentes, son igualmente negativos. Sobresalen, entre otros, los siguientes: la **falta de porosidad** de los políticos, que los conduce a una condición de **autismo** donde sólo ellos y sus urgencias son escuchados; el **oportunismo institucional**, que pone al servicio particular del político lo que debe estar al servicio de la sociedad; y la **corrupción** que,

injusta y peligrosamente, convierte a la política y a la función pública, en una especie de noche donde todos los gatos son pardos.

Estas luchas, al fin de cuentas, son políticamente suicidas. Comienzan denunciando hasta el exterminio al copartidario en las precampañas y acaban practicando un doble canibalismo: al interior del propio partido contra sus propios compañeros y al exterior de su formación política, frente al adversario del partido opuesto. No sin cierta paradoja, el inevitable resultado final les resulta inesperado y sorprendente, al dañar a todos por igual. De un modo inexorable, la consecuencia última de estas características y prácticas de las cúpulas partidarias es el desprestigio de la clase política dirigente en su conjunto. Esta aparece así con muy escasos índices de credibilidad y confianza entre la población, que a veces ha optado, como en el caso colombiano, por un abstencionismo electoral sumamente peligroso para el sistema; y a veces, como en Perú y Venezuela, por fórmulas políticas autoritarias de nuevo tipo.

Es de esa conducta de los políticos dentro y fuera del poder, y no de ninguna mala intención de los medios de comunicación colectiva, de donde se generan los resultados negativos que arrojan los estudios de opinión pública, que muestran de manera consistente la pérdida de credibilidad y confianza ciudadana en la clase política dirigente y en los partidos. Y es de allí mismo de donde ha surgido, como ya se ha mencionado antes, la peligrosa figura del **recién llegado**, que amenaza por igual a democracias recientes y a democracias consolidadas.

5. En un comentario de esta naturaleza, más que conclusiones lo que cabe, tal vez, son algunas observaciones finales. Quizá lo más importante en este sentido es señalar que la Costa Rica de hoy requiere resolver no sólo sus problemas económicos y fiscales, sino también los de la profundización y eficiencia de su democracia. No es lo económico o lo jurídico lo que está en cuestión, aunque ello también deberá seguir –y en algunos casos anteceder– la línea de cambio que se requiere. Pero la causa principal del estancamiento y la parálisis se encuentra en la actual estructura y funcionamiento del sistema político. Con su inhabilidad para autotransformarse y para encontrar nuevos puntos de equilibrio y acuerdo, las actuales dirigencias y partidos contribuyen activamente, y de muy diverso modo, a mantener frenado el desarrollo del país, impidiéndole beneficiarse de los avances y logros alcanzados en otras esferas de la vida nacional. Esto coloca a la reforma política como una de las tareas concomitantes más importantes de la Costa Rica contemporánea.

Es importante subrayar que, a juicio del que esto escribe, no se trata de que la democracia se haya convertido en un obstáculo para el avance socioeconómico y se necesite cambiar de rumbo y encontrar una salida autoritaria. Todo lo contrario: se requiere mucho más democracia. Pero ésta debe ser moderna, eficiente y puesta sobre sus pies. A su vez, estos no deben estar hechos del barro que bate el populismo irresponsable e inconsecuente y que hoy enturbia el camino de varios países de América Latina. Su base debe ser la de un ordenamiento jurídico fluido y eficaz; del respeto debido a la autoridad y las jerarquías legítimas; de la capacidad de decisión oportuna y operante de la mayoría a través del mecanismo del voto y de la exclusión de métodos antidemocráticos, como el filibusterismo parlamentario, el retardo en la toma de decisiones, la posposición de las definiciones y la incapacidad de transigir a la luz de las urgencias que imponen las realidades políticas, económicas, financieras y sociales contemporáneas.

Por esto mismo, pareciera viable la sugerencia de los autores del trabajo de evadir la trampa de los acuerdos estratégicos, universales y de largo plazo. Por el contrario, lo que parece posible en las actuales circunstancias son los acuerdos coyunturales y tácticos, capaces de reunir en cada momento los apoyos requeridos para ser adoptados. Es claro que quien tenga una comprensión cabal del proceso tendrá ventaja. Pero, por ahora, aún el mejor ajedrecista tendrá que limitarse a jugar damas.

Es necesario promover un plan nuevo y audaz orientado a la solución de algunas cuestiones urgentes y puntuales –más allá de la temática teórica de programas, ideologías o filosofía política–, que permita generar un consenso práctico e inmediato de modernización y cambio. No será posible poner de acuerdo a todos. De modo inevitable, en las reformas habrán descontentos y perjudicados. Pero como reza el refrán popular –para retornar un momento del estilo del documento comentado– no debemos olvidar que cuando se trata de hacer cambios, hay que tener presente que “no es posible hacer tortas sin quebrar huevos”.

2

En el pasado bien, pero, ¿en el futuro...?

Enrique Góngora Trejos

Se me ha pedido, y lo considero muy honroso, comentar el ensayo que lleva por título “Evolución de la Economía de Costa Rica durante el período 1983-1998: ni tan bien ni tan mal”. La idea es que los invitados a comentar este ensayo expresemos nuestra opinión de por qué es así “Ni tan bien ni tan mal”. Planteado de otra forma, la pregunta podría ser: ¿Por qué no bien o muy bien? O, ¿qué nos impide hacerlo muy bien? Pero, tal vez por deformación matemática, me surge la pregunta “dual”, o sea, ¿por qué no mal o definitivamente mal?

Trataré, pues, de dar posibles respuestas a ambas. No siendo economista, solo me queda hacerlo desde el simple punto de vista de “ζων πολιτικον” (*zoon politikon*: término acuñado por Aristóteles y que puede ser traducido por “animal que se interesa por los problemas del estado y, por ende, en la política”). Por otra parte (tal vez), por mi formación científica (y no la matemática) entre las ideas y los hechos, prefiero guiarme por estos últimos. Si una idea discrepa de los hechos, decreto que la idea está mal y los hechos están bien. Hago notar que hay gente que tiende a hacer lo contrario (ideólogos, idealistas, etc.) y esta observación tendrá alguna importancia en este análisis.

¿Por qué no nos ha ido tan mal?

Diría que a esto ha contribuido el hecho de que nuestro país ha gozado de una estabilidad social casi sin paralelo en Latinoamérica. Habiéndonos salvado de tiranuelos de corte tercermundista y, en el pasado, de dogmas ideológicos contrarios al libre desarrollo del ser humano, hemos gozado de condiciones favorables para lograr un desarrollo sostenido. La causa de esto puede ser explicada recordando que, a fines del siglo pasado y principios de este nuestra población fue receptiva a las ideas de la ilustración y el liberalismo y, dichosamente, ni el Estado ni la Iglesia hicieron grandes esfuerzos por impedirlo. Tanto en la ilustración como en el liberalismo se creía en las ventajas de dar educación a la mayor parte posible de la población. En Costa Rica se creó un sistema educativo no dogmático. Se enseñaba a leer para que cada uno leyera lo que le gustaba, no para leer “catecismos” (no solo católicos). Recordemos las campañas de alfabetización de países comunistas. Se trataba de que leyeran la propaganda pero nada que fuera en contra de sus dogmas. Esta corriente, que influyó a nuestro país,

empezó ya en el siglo XVIII. Por ejemplo, Federico el Grande de Prusia fue uno de los abanderados de esa tendencia. En esta misma línea se logró, también, crear un sistema confiable de administración de la justicia (cosa que también hizo Federico el Grande). Pero, aunque una idea suene bien no necesita conducir, obligatoriamente, a resultados positivos. Me atrevo a afirmar, sin embargo, que estas ideas actuaron positivamente según podemos verlo por simple observación de nuestra propia historia. Pero, el naciente capitalismo del siglo pasado creó y puso al descubierto una serie de serios problemas sociales que demandaban ser resueltos. Estos problemas fueron abordados en nuestro país y, en comparación con el resto de Latinoamérica, en una época relativamente temprana: los años 40.

Pero, al entrar aquí, tenemos que tomar en cuenta un factor que en muchos países jugó (y todavía juega) un papel importante: la izquierda. Sin embargo, al hablar de ella, hemos de diferenciar entre la que estuvo al servicio del imperialismo soviético o izquierda totalitaria y la de carácter socialdemócrata. Ambas tenían en común la idea del Estado grande, que en el primer caso era totalitario y en el segundo, sin ser totalitario, debía, con todo y todo, controlar y regular un gran número de aspectos de la sociedad. Por otra parte, y como es sabido, la izquierda pretendió tomar la bandera de la justicia social y hacernos creer que era la única tendencia política que tenía sensibilidad social. Estas dos variedades de la izquierda jugaron (y la última todavía juega) un papel bastante *sui generis* en el desarrollo de nuestro país y bastante importante en el tercer mundo.

En nuestro país, la iniciativa de una reforma social a favor de los trabajadores, la tomó el Dr. Calderón Guardia. Los comunistas se unieron a este movimiento, aunque pudieron haberlo adversado, tal y como sucedió en Alemania, después de la 1ra. Guerra Mundial, en donde los comunistas por orden expresa de Stalin, formaron filas contra los socialdemócratas acusándolos de aliarse con la burguesía en contra de los trabajadores, ya que éstos eran reformistas y no revolucionarios totalitarios. Como sabemos, el Dr. Calderón Guardia no era comunista, como tampoco lo era Otto von Bismarck, quien en 1884 estableció en Alemania una reforma social basada en el sistema que todos conocemos y que hasta ahora, empieza a ser cuestionado: un sistema de seguridad social financiado por la contribución de los trabajadores, los patronos y el Estado. En todo caso, aunque el Doctor y los comunistas se aliaron, se hablaba del "Caldero-Comunismo", o sea, entre Calderón y ellos, los costarricenses pusieron un "-" que los separaba. Para hacer el asunto todavía más curioso, la Iglesia, que en muchos países había jugado un papel no solo conservador sino retrógrado en lo que a reformas sociales toca y atañe, en nuestro país, se unió al grupo. Recordemos aquellas fotos en que aparecen juntos, el Doctor Calderón, Manuel Mora y Monseñor Sanabria. Esta reforma social, dichosamente, fue no solo respetada sino continuada por Figueres, después de la revolución de 1948. Aquí, los comunistas criollos (aunque el partido era pro-soviético) actuaron pensando, más en el bienestar del pueblo costarricense, que en los intereses del imperialismo soviético. En lenguaje soviético, Manuel Mora se comportó más como un *menshevik* (reformista) que como un *bolshevik* (revolucionario-totalitario). Gracias a lo acontecido en la década de los 40, Costa Rica logró una estabilidad social casi sin paralelo en América Latina. Cuando la Unión Soviética, ya consolidado su dominio en los países de Europa del Este, vuelve los ojos hacia el llamado tercer mundo, los comunistas se dedican, en nombre de la justicia social a desestabilizar estos países. La idea es paralizarlos y empobrecerlos suficientemente como para, como decían ellos, se dieran las "condiciones objetivas" (luego pasaron a hablar, además, de las "subjetivas") para iniciar la revolución de tipo *bolshevik*. Desde luego, a quien menos le conviene la paralización y empobrecimiento de un país es a la clase más necesitada. La justicia social, en realidad, pa-

ra ellos no contaba. Lo importante era hacer su revolución y, ésta, como hemos podido observar, en donde se produjo, tampoco estaba al servicio “de la clase trabajadora”. Curioso es que, en la época de los 60 y 70, las huelgas propiciadas por los comunistas, no estaban dirigidas contra capitalistas explotadores, sino contra el Estado y, muy frecuentemente, contra estados de carácter socialdemócrata, y, por tanto, autoproclamados defensores de la clase trabajadora.

Desde luego que la lucha justa de los trabajadores por lograr un sistema de seguridad social fue utilizada por los comunistas para llevar agua a su molino. El atraso social de la mayoría de los países de Latinoamérica era un terreno fértil para estas luchas y, por ende, para los comunistas, con una excepción: nuestro país, en donde ya se habían hecho las reformas sociales, por las cuales estaban dispuestos a pelear (y a matarse) una gran cantidad de pueblos. Así la reforma social realizada con apoyo a los comunistas, impidió que éstos, posteriormente, logaran una desestabilización de nuestro país que sí lograron en otros. O sea, no lograron ni las “condiciones objetivas” ni las “subjetivas” para su revolución. Creo que lo dicho hasta aquí, tiende a explicar “por qué no definitivamente mal”.

¿Por qué no nos ha ido muy bien?

Pero, ¿por qué nos quedamos en “ni tan bien” o por qué no “muy bien”? Si la izquierda reformista nos salvó de la izquierda totalitaria, ahora interviene de nuevo la izquierda de tipo *menshevik* o socialdemócrata reformista o cosa por el estilo.

Tanto esta izquierda como la otra, creen en el “estado grande”: en un caso se supone que es de corte social, en el otro caso, represivo-totalitario. La concepción de la izquierda socialdemócrata es que el bienestar de la población solo se puede alcanzar si el estado regula, si no todo, casi todo y si es responsable, también de casi todo: transportes, telecomunicaciones, educación, seguros, salud, cultura, correos, la banca, e incluso, la producción de ciertos bienes. Se trata, pues, de un estado no solamente protector, sino sobreprotector. Bajo esta idea, por ejemplo, en nuestro país, se creyó (y algunos creen todavía) que todo problema, humano o divino se resuelve creando instituciones burocrático-benefactoras, las cuales, según nos ha mostrado la experiencia, a la postre, en vez de beneficiar al sector de la población al cual estaban dirigidas, terminan beneficiando solamente a los que trabajan en ella y algunas (como también nos lo muestra la experiencia) terminan siendo solamente *sausage factories*. Desde luego, se espera, también, que los servicios que presta el estado estén subvencionados por él.

Evidentemente, nos resultaría cómodo vivir en un estado que nos subvencionara todo, solo un pequeño detalle: ¿cómo se paga todo eso? Para comenzar, tal Estado es antidarwiniano. Evita la competencia, ergo, también la eficiencia y la eficacia. Además, el Estado se financia mediante impuestos. Entre más instituciones “benefactoras” y entre mayores sean las subvenciones y las funciones que tome el Estado, mayores sus gastos y mayores impuestos. Agreguemos que tales estados (o mejor dicho, los gobernantes de ellos) tienden, en nombre del bien común, a restringir el poder de decisión de sus súbditos. Esto lo hacen poniendo fuertes impuestos a lo que ellos creen que no deben consumirse. En nuestro pare (todavía) el *whisky* tiene menos impuestos que el *Armagnac* o el *Cognac*. ¿Por qué? Porque el Estado decidió que estos dos últimos son artículos suntuarios. El primero no. Se supone que esta decisión le trae gran bienestar al país. Otro ejemplo: Algún gobernante decidió que “lo que conviene al país” es prohibir la venta de café de exportación a nuestra población. Así, lo que nos conve-

nía era exportar el bueno y dejar la basura (o algo similar) para nuestro consumo. Ahora, dichosamente, se puede tomar en Costa Rica buen café y, por ello, ciertamente no nos hemos arruinado.

Al comienzo, a una tal concepción de Estado se le pudo otorgar el beneficio de la duda. Pero los hechos, estos enemigos de tanta idea que suena tan bien y tan útil para hacer populismo, empezó a hacer que estos estados no fueran financiables. Quitando el desastre soviético, ejemplo único en la historia en que un imperio se hunde solo, los otros, también, se fueron haciendo insostenibles.

Veamos ejemplos: En 1956 Harold Wilson afirmó en el *Daily Mirror* lo siguiente: “En la próxima generación, la Unión Soviética será la que domine la escena económica mundial” y en esta tesitura afirmaba que la Gran Bretaña se estaba desarrollando muy lentamente porque los “Tories” se negaban a imitar el modelo soviético. Uno de los más cercanos compinches de Wilson, Nye Bevan predecía en 1959, que el líder mundial en el campo de la economía iba a ser la Unión Soviética. “El desafío, no vendrá de Estados Unidos. Tampoco de Alemania Occidental o de Francia. El desafío vendrá de **países que sean capaces de recoger los frutos de la planificación económica. En una sociedad moderna es imposible dejar las cosas a las aventuras económicas privadas**”. En 1964 el Labour Party ganó las elecciones y Wilson llegó a Primer Ministro. Elaboró su plan de gobierno de acuerdo a las ideas expresadas anteriormente. Resultado: en setiembre de 1976, Gran Bretaña tuvo que pedir ayuda al odiado FMI, como cualquier pobre país del tercer mundo. A su modelo, la Unión Soviética, le iría aún peor. En fin, los hechos, los odiados hechos. No podemos dejar de “admirar” la capacidad de otear el futuro de los líderes laboristas.

Otro ejemplo: Suecia es un país ordenado cuya población goza de un nivel técnico-cultural muy elevado. Además, posee riquezas naturales. Los socialistas suecos crearon un sistema social realmente envidiable. Modelo proteccionista, dirigista y muy igualitario. De nuevo los hechos, enemigos acérrimos de tantas ideas que suenan tan bien, llevaron a que, para financiar este sistema, se hacía necesario aumentar cada vez más los impuestos (que ya eran exageradamente altos). La industria sueca empezó a no soportar la carga impositiva, pero una idea tan buena no podía ser descartada. Por este camino Suecia cayó del lugar 5 entre los países de la Organization for Economic Cooperation and Development (OECD) al lugar 17. Industrias importantes como Astra e Ikea emigraron al extranjero para poder sobrevivir. Con esto se aumentó el desempleo y, desde luego, bajó la recaudación del estado. Este año, parte importante de la Volvo, que es, a la vez una de las principales industrias suecas, un símbolo de status, tuvo que ser vendida a la Ford. El alcalde de Gotenburg, sede de la Volvo, ante esta situación, se lamentaba: “Cuando la emoción habla, la razón calla”. La razón (y peor aún, los hechos) dice que el modelo no es sostenible. La emoción sigue apoyando a los socialistas y Suecia sigue empobreciéndose.

Ciertamente, el estado paternalista y dirigista conduce, muy fácilmente, a lo que ha sido llamado el modelo GPP (gremialismo, paternalismo y populismo). Evidentemente, los grupos de presión (gremios) tratan, por todos los medios posibles de obtener ventajas: subvenciones, excepciones de impuestos, protecciones arancelarias y cualquier otra ventaja que se les ocurra, o sea, a buscar protección. También lleva también al populismo: hacer promesas de un futuro halagüeño, a costa del estado (y, por consiguiente, de todos) lo cual permite a partidos de corte social-populista exhibir, durante las campañas, *slogans* del tipo “haremos que los pobres consuman como ricos, y los ricos como pobres”, “que los ricos paguen el bienestar de los pobres”. (Aplausos, muchos aplausos). No importa

que tales partidos al llegar al poder (tal y como lo demuestra la experiencia) entreguen, después de su mandato, un país en que los pobres siguen consumiendo como pobres. En la próxima campaña, se llamarán el partido de los necesitados y dirán que el otro partido es el de los ricos y seguirán repitiendo los mismos *slogans*. Consecuencia: los gremios obtienen ventajas y prevendas que son financiadas por impuestos, más impuestos. Tales estados se hacen, tarde o temprano, ineficaces. Siguen las emisiones inorgánicas, inflación y, desde luego, huelgas contra el mismo estado, o sea, mayor empobrecimiento.

Peor aún (si es posible) una producción protegida y subvencionada, acaba con la competencia y, por ende, con la superación, y con ello, con la eficacia y la eficiencia. El consumidor, gracias al estado benefactor, se ve obligado a pagar precios altos por productos de baja calidad. La productividad se vuelve baja y de mala calidad. Tales productos solo son consumidos por compradores cautivos. Los que pueden comprar otros productos (aunque el Estado no lo permita), lo hacen.

Nuestro país cayó en este modelo. En tiempos en que muchos países siguieron este camino, la competencia internacional era, por razones obvias, también baja. El mundo cambió. Los países empiezan a abandonar un modelo que ha demostrado promover la burocracia, la ineficiencia y el letargo y que, además, es difícilmente financiable. Entramos en un mundo de alta competitividad. ¿Qué nos deparará, en el futuro, esta tendencia? No lo sabemos, pero los hechos, no las palabras, nos lo dirán. Lo que si podemos observar es que en él nos encontramos. En este momento, un tal concepto del estado nos traerá más desventajas, que las pretendidas ventajas, tan cacareadas en los *slogans* populistas. El lastre que ha significado el modelo GPP es el que explica, ahora “por qué ni tan bien” o, peor, “por qué no muy bien”.

Ciertamente, podemos ignorar lo que sucede en el mundo pero, tengamos claro, que si lo hacemos pagaremos un precio bien alto. Tenemos políticos que se aferran a la idea del modelo GPP. Pero si en las ciencias, cualquier teoría por hermosa que parezca, que entre en contradicción con los hechos, queda invalidada y los científicos que se mantienen en ella quedan de lado, en política, el equivalente a la observación empírica le constituyen los votantes (las encuestas). Nuestra experiencia es que es difícil deshacerse de prejuicios, aún en las ciencias. Si lo es allí, más difícil aún lo será en la política. Si alguno de nuestros políticos siguen creyendo que lo conveniente es el modelo GPP, esperemos entonces, que los votantes se den cuenta del peligro que esto trae consigo y les vuelvan la espalda. Hay personas que tienden a ignorar la realidad. Como ejemplo, recordemos que Fidel Castro Ruiz dijo: “Cuba seguirá hacia el socialismo, aunque se muera el último cubano”. Luego, para él, lo importante es el socialismo, no los cubanos. Incluso, llega a imaginarse la existencia del socialismo sin una población que le sirva de substrato. Para tales gentes, la realidad no cuenta. Pueda que algunos de nuestros políticos sigan diciendo: nos oponemos a toda reforma. Costa Rica debe seguir en el modelo GPP, aunque se arruine el último costarricense (como casi ocurrió en el llamado “período 1978-1982”). Si quieren, pueden creer que esto es lo conveniente, pero esperemos que la mayoría entienda que no, y les vuelva la espalda.

3

Las joyas y la lejía

Claudio Gutiérrez Carranza

Debo comenzar por agradecer la invitación a comentar este trabajo, una más de las brillantes contribuciones intelectuales de don Eduardo Lizano a la solución de apremiantes problemas nacionales. La ha acometido esta vez en unión de su colaborador don Norberto Zúñiga –con rigor, lucidez y acuciosidad características. Una vez más asume su escogida función de profeta bíblico, exhortando “oportuna e inoportunamente”, para continuar contribuyendo a la superación de la crisis y a ayudar a que nos “cuadremos” para el próximo vuelo de nuestra economía. No puede faltar en su función de profeta el señalamiento de las grandes omisiones, vacilaciones, estancamientos, y todas las deficiencias y contrariedades que nos hacen en sus palabras “no estar tan bien” a pesar de no estar “tan mal”. Decía el célebre escritor inglés Chesterton que por cada profeta que insiste en las dificultades y problemas de la vida, debe haber un poeta que cante sus bellezas y posibilidades. Ya que don Eduardo desempeña tan excelentemente su función de exorcista, permítanme a mí la inexcusable pretensión de apropiarme la más dulce función del poeta, y tratar de poner en el ambiente un poco de positividad (que no del barbárico “positivismo” que se usa decir ahora). Puede resultar estimulante, ante una sociedad que se apresta a levantar vuelo sin haber probado todavía la fuerza de sus nuevas alas.

Me siendo inspirado para hacerlo por dos acontecimientos que reporta La Nación del día en que escribo estas líneas: un acuerdo unánime de la Comisión de Hacendarios (¡al fin un acuerdo unánime en un asunto de trascendencia!). Pero ¿en qué? Nada menos que en rechazo de la venta del Banco de Costa Rica, una de las “joyas de la abuela” marcada desde hace días para la venta para tratar de redimir en algo nuestra inmensa deuda interna. Y el comienzo, largamente demorado, de los trabajos de la primera “concesión de obra pública”, la reparación de la autopista Bernardo Soto (¡albricias, albricias!). ¿Y por qué sentirse impresionado tan positivamente? Soy consciente de todos los problemas señalados por don Eduardo. Como él he padecido muchas horas de angustia a lo largo de los últimos años frente a los enmarañados problemas de nuestra querida sociedad. Pero tal vez es que no estamos entendiendo el sentido oculto de esta novela. Es posible que no estemos poniendo los hechos en la correcta perspectiva. Invoquemos la poesía en nuestra ayuda: nada cuesta soñar un poco.

Ni lo que he estudiado de historia patria (hace muchos años hice una licenciatura en historia con énfasis en Costa Rica) ni lo que he presenciado de ella directamente durante sesenta años, me dan base

para pensar que el país esté a punto de hundirse en los abismos que amenazan a algunos otros países latinoamericanos. Veo más bien una historia congruente de grandes realizaciones, matizadas desde luego por problemas y retos, de los que sin embargo hemos siempre salido adelante con posiciones originales y creativas.

En cuanto al predicamento que hoy nos aflige, tratemos de ponerlo en perspectiva. Hemos superado la crisis de los años ochentas. Hemos tenido éxito. Hemos lidiado bien con un período desastroso. Reconstruimos ya la mayor parte de los daños. Estamos ahora en un período de reconstitución espiritual, de reflexión y discusión colectivas, preparándonos a ponernos de nuevo en franco movimiento, para emprender una fresca empresa de edificación nacional. No podíamos festinarla. No hemos estado ociosos. La democracia requiere tiempo para sus procesos. Muchas cosas han estado sucediendo subterráneamente, en la conciencia de cada ciudadano que, despacio pero seguro, “pondera las cosas en su corazón”, como la Madre del Evangelio. Hemos tenido la oportunidad de expresarnos. Muchos lo han hecho con virulencia y algunos hasta le hemos jalado las mechas al prójimo. Pero es nuestra manera de demostrar que tomamos las cosas en serio. Las posibilidades de acción se perfilan ya y vamos estando listos para emprender una nueva gran aventura nacional.

¿Por qué no verlo así? El futuro se abre ante nosotros como un amplio panorama de oportunidades inéditas. Vamos a intentar aprovecharlas. Tenemos un equipo de gobierno que da la talla para la tarea, con Presidente, ministros y asesores de considerables capacidades técnicas. Tenemos además en el Banco Central a uno de los mejores hombres de la “acera de enfrente”. Y del Congreso ¿qué diremos? Podríamos escoger ver ahí un empate que estanca, con jugadores de diversas categorías, o podemos preferir querer ver un encuentro de dos “selecciones nacionales”, listas para deleitarnos con el mejor de los juegos posibles. ¿Por qué no íbamos a ser positivos también en esto?

Fijado el tono afectivo adecuado, veamos dónde nos encontramos. A esta altura de las circunstancias están ya claros cuáles son los parámetros para la acción. La política es el arte de lo posible. Hoy, después de una exploración que nos ha llevado ya casi un decenio, sabemos qué se puede hacer y qué no, tanto en relación con la realidad internacional como con respecto a posiciones inveteradas de la mentalidad costarricense. Estas realidades no van a variar en el futuro próximo, debemos considerarlas nuestra cancha y nuestras reglas de juego. Doy por supuestos nuestro compromiso irrenunciable con el estado de derecho, con la justicia social, con la conservación de la naturaleza y de la paz, y con el desarrollo sostenible por medio de la educación. Sobre esas cosas no ha habido discusión ni podía haberla. Pero creo que debemos dar también por sentadas dos cosas sobre las que sí ha habido mucha discusión, y pienso que de ahora en adelante ya no debería haberla. Son dos limitantes o parámetros fundamentales para la acción política costarricense del inmediato futuro, uno externo y el otro interno. A ver si ustedes están de acuerdo conmigo.

Parámetro externo

Es la necesidad de apertura que nos impone la globalización. Muy bien señalan los autores del documento comentado que ese parámetro es de tal fuerza que si no lo aceptamos voluntariamente nos será impuesto desde fuera; no por ninguna conspiración internacional, sino simple y llanamente por los mecanismos impersonales y colectivos de las estructuras silenciosas y omnipresentes de la división mundial del trabajo. Esa fuerza es tan poderosa, que el periodista social demócrata norteamericano Tho-

mas Friedman, en su reciente libro *The Lexus and the Olive Tree*, la ha equiparado a una irresistible “revolución desde afuera” o “globalución”. Es una fuerza que impone a muy corto plazo prácticas y disciplinas que no pueden generarse internamente. Es una fuerza rampante que tiende a dismantelar la corrupción pública y privada en todo el mundo: la empresa o el gobernante corruptos no marcan puntos y salen del juego. Aquí no hay alternativa: o nos abrimos, con equidad y transparencia, o no habrá juego para nosotros. Ese es nuestro primer parámetro, y es general para todo el mundo.

Parámetro interno

El segundo parámetro es idiosincrático. Es el resultado de nuestra historia de los últimos decenios, desde las reformas sociales de los años cuarentas hasta los estertores del modelo “Gremialismo, Populismo, Paternalismo” en los años setentas. Ante el último más importante obstáculo que se opone a nuestro nuevo vuelo de desarrollo nacional, todos nuestros expresidentes menos uno llegaron a proponernos con vehemencia vender activos constituidos dentro del modelo anterior. Ello con el objeto de amortizar en parte nuestra colosal deuda interna, la cual se autoalimenta expandiéndose cada día con la acumulación de sus propios intereses. El asunto fue llevado a debate público, oficial y extraoficialmente. Para decepción de muchos que esperábamos más clarividencia, el voto de minoría del expresidente Carazo fue el que encontró apoyo en la opinión pública. A cuenta de eso sabemos hoy que no podemos vender “las joyas de la abuela”, (ni siquiera para deshipotecar la casa). Podemos diferir con muy buenas razones de esta conclusión, pero debemos conceder que, lamentablemente, ese “no a la venta de activos” se ha convertido en un parámetro, inconvencible a corto plazo, para la acción política costarricense.

Bueno, ¡que vamos a hacer! No venderemos las joyas. Pero si las vamos a conservar, habrá que pulirlas, y la lejía que tenemos que emplear no puede ser otra que la competencia suministrada por el parámetro externo. Estoy convencido que esa lejía ha pulido ya al sector empresarial costarricense, que según el mismo documento comentado ha demostrado estar a la altura de los retos de la competencia internacional. Es mi impresión que esa competencia, en el nivel que se ha dado hasta ahora en el sector financiero público, ha comenzado ya a mejorar la productividad de los bancos del Estado. ¡Cuánto más habrá de hacerlo cuando la reforma financiera culmine con una apertura completa frente a la banca internacional, la cual no puede dejar de venir, por imperativo del primer parámetro! La misma apertura se impone con urgencia en los casos de los seguros y las comunicaciones.

Hasta aquí, ¡santo y bueno! Pero, ¿qué hacer con el problema de la deuda? Una respuesta corta, y muy “macro”, es decir que la competencia nacional e internacional estimulará tanto nuestra economía que la productividad aumentará sobremanera y permitirá, con el tiempo ¿pero cuándo? rebajar la deuda a niveles relativos aceptables. Esto, por supuesto, supone que el nuevo modelo esté en plena operación. Aquí se impone hacer un paréntesis, y aprovechar el excelente trabajo de nuestros autores para fijar las ideas sobre la naturaleza y distintos aspectos fundamentales de esa nuestra flamante herramienta de desarrollo. Considero que el documento ofrece una base excelente para definir el modelo. Tal definición es compatible con los dos parámetros que he enunciado. Me permito reproducirla con el fin de resaltarla como un ideario que debería entenderse suscrito por los que queramos impulsar el desarrollo humano de la nueva Costa Rica. Mi contribución se limita mayormente a titulares y enmarcado.

UN MODELO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA COSTA RICA DEL SIGLO XXI

(según Eduardo Lizano y Norberto Zúñiga)

META PRIMERA - Inserción profunda y amplia de la economía nacional en la economía internacional

- Aspectos comerciales. Desmantelamiento del proteccionismo y de otros obstáculos al comercio exterior, como las cuotas de importación y los impuestos de exportación.
- Aspectos financieros. Apertura de la cuenta de capital y liberación cambiaria.

META SEGUNDA - Racionalización y modernización del Estado, según las siguientes funciones:

- Velar por el funcionamiento adecuado del estado de legalidad.
- Asegurar la operación eficaz de los mercados de bienes y servicios, y de los factores de producción.
- Lograr la desregulación de la economía local:
 - eliminar el control de precios;
 - reducir la fijación de salarios mínimos;
 - liberar las tasas de interés.
- Buscar la debida protección de los grupos sociales más necesitados.

MODO DE OPERACIÓN:

Debe mejorarse de manera permanente y complementaria la productividad, la eficiencia y la competitividad tanto del sector privado como del público. Ninguno de los sectores debe atrasarse en esta tarea en relación con el otro.

Pasemos ahora a tratar de dar una respuesta más larga, concreta y detallada a la pregunta de qué hacer con la deuda. La cuestión es cómo reducirla a niveles manejables en un tiempo compatible con el disfrute de esta solución por la presente generación de trabajadores jóvenes.

Ante todo quiero recoger otra observación sumamente importante de Lizano y Zúñiga. Nos previenen contra “planes integrales” y grandilocuentes. Endoso esta recomendación. Debemos ir aún más allá y precaver a los lectores sobre cualquier enfoque de “reingeniería total” contra los cuales nos previene muchas veces Karl Popper en sus obras de naturaleza social. Para este filósofo contemporáneo, la manera correcta de resolver problemas sociales debe ser la “ingeniería parcial” (*piecemeal engineering*). De una manera especial debe esto tenerse presente en relación con los procesos de negociación que han de llevarse a cabo en los próximos meses o años entre las fracciones legislativas y entre los Poderes del Estado. La ingeniería parcial que suscribimos, al ser aplicada a la negociación, resulta en una negociación casuística, es decir, caso por caso, no integrada en grandes esquemas de concertación, condenados por adelantado al fracaso. Lo cual no quiere decir que recomendemos negociaciones “bajo la mesa”, o “pactos a espaldas del pueblo”, ¡lejos de ello! Los diputados y sus contrapartes ejecuti-

vas han sido nombrados por el pueblo precisamente para construir de común acuerdo soluciones a los problemas nacionales, y eso solo pueden hacerlo detalle por detalle y todos los días; para eso les pagamos. Son nuestros representantes, no hay nada de extraordinario en que negocien, sin importar si la puerta de la oficina está abierta o cerrada, siempre que respeten los parámetros que la opinión pública y el bien común tienen fijados para la acción política. Si ellos, nuestros representantes, no pueden hacer esto, mejor que se vayan a su casa y comenzamos de una vez a practicar la democracia “a la Suiza”, con votaciones semanales sobre todos los asuntos nacionales, tal vez con estilo electrónico y moderno, modem e Internet incluidos.

Aclarado ese punto metodológico ¿qué es factible con la deuda que sea negociable, “ingenieril parcial”, rápido y eficaz? Si no tenemos plata para mantener carreteras, puertos o aeropuertos porque se va en intereses sobre la deuda, solo podemos hacer una de dos cosas: o elevar los impuestos, deprimiendo la economía, o dar las obras en concesión como estamos ya comenzando a hacer. Empero, los objetivos públicos que no podemos atender por el pago de intereses de la deuda no se reducen a infraestructura. Se refieren además y sobre todo a los servicios de salud y de educación. La misma lógica se aplica, aunque aquí, debemos reconocerlo, empezamos a caminar sobre territorio minado. Pienso que la compra de servicios de salud a la empresa privada se impone absolutamente. Creo que aquí debemos hablar claramente: en la presente coyuntura el Estado no es capaz, con niveles de productividad que no podemos de manera realista creer que van a cambiar de la noche a la mañana. ¿Qué hacemos con las convenciones colectivas que restringen el uso de equipos valiosísimos a solo tres consultas por hora? El Estado no puede, repito, prescindir de compra de servicios y, en gran escala. Solo aprovechando la mayor productividad del sector privado tendríamos esperanza de que las famosas y abominables colas en la atención de enfermedades serias puedan reducirse a niveles soportables. Pero además, los equipos médicos son carísimos y su duración útil muy corta (alrededor de cinco años). Sin embargo, sabemos que el Seguro Social los conserva en uso más allá de ese período –con mantenimiento defectuoso o ausente, lo que perjudica gravemente a los enfermos– por incapacidad de hacer las inversiones requeridas a tiempo. En un sistema de concesión los gastos necesarios podrían exigirse y se amortizarían automáticamente, y la calidad la garantizaría la competencia de la oferta. Ocultar realidades como éstas linda en la hipocresía y equivale a una abjuración del deber que tienen los líderes de enseñar al que no sabe. Y (para convertir el campo minado en realmente explosivo) agregaré que estoy seguro de que lo mismo vale en el caso de la educación. Sin un amplio programa de subvención (a costos de productividad privada) para colegios no estatales, no concibo que el país pueda pasar prontamente a impartir en forma completa la educación secundaria a toda la población. Pretender otra cosa es vivir de ilusiones, con consecuencias nefastas para el futuro del país.

Ya que no podemos vender las joyas, pulámoslas con la lejía de la apertura y de la competencia. Pulámosnos todos nosotros, como hemos venido puliendo estas ideas en la libre discusión social y política. Negociemos un programa nacional, sin fanfarria, caso por caso, detalle por detalle, en el campo de intersección de los diversos idearios políticos. De nuevo, la política es el arte de lo posible. No pretendamos lo imposible, pero intentemos todos los días lo posible. Tenemos un buen equipo de dirigentes políticos –incomparablemente superior al de muchos países vecinos–, digan lo que digan las encuestas sobre desencanto con los políticos. Prestémosles nuestra confianza, aunque sea por una última vez, que bien podría ser también, ¿quién podría negarlo? la última oportunidad de supervivencia para la democracia costarricense.

4

Una visión un poco pesimista del futuro

Jaime Gutiérrez Góngora

En el contexto de Costa Rica, una economía es buena en el tanto genere una tasa de crecimiento material y social que libere a su pueblo del subdesarrollo en el más corto período de tiempo. Si el diagnóstico de economistas de tanto prestigio como don Eduardo Lizano y don Norberto Zúñiga es correcto, “ni tan bien ni tan mal” significa estancamiento y no progreso hacia esa meta. El estancamiento no es bueno para un país como Canadá, por ejemplo, pero es mucho peor para un país subdesarrollado como Costa Rica que requiere de un ritmo de desarrollo más acelerado para competir con ventaja frente al resto del mundo en el nuevo orden económico mundial.

El estudio de Lizano y Zúñiga, que cubre 15 años, representa el esfuerzo más serio de encontrarle una tendencia a la evolución de la economía costarricense. Pero los autores serían los primeros en reconocer que la economía viene arrastrando un mal crónico de mucho más de 15 años.

Si uno se pregunta “ni tan bien ni tan mal” en relación a qué, entonces la condición de la economía costarricense luce todavía peor. En un estudio anterior de don Eduardo cita estas cifras: en 1960 el ingreso anual per cápita de Costa Rica era casi el doble de Malasia, más del doble de Corea del Sur, casi el doble de Taiwán, más del de Singapur y casi igual al de Hong Kong. En 1990, el ingreso anual per cápita de Costa Rica fue casi la mitad del de Malasia, la mitad del de Corea del Sur, casi una tercera parte del de Taiwán, casi una cuarta parte del de Singapur y casi una quinta parte del de Hong Kong.

Los autores describen con admirable lucidez una economía que, en efecto, no está ni tan bien, ni tan mal, lo que quiere decir que está mal.

¿Qué hay que hacer para mejorarla? Ha probado ser más fácil saber que hacer que cómo lograrlo. En Costa Rica, los autores y docenas o cientos de costarricenses, empresarios, economistas serios, y algunos políticos, prominentemente entre ellos el Sr. Presidente de la República don Miguel Angel Rodríguez, saben lo que hay que hacer para encaminar el país por la senda del progreso. En la medicina, el tratamiento generalmente es fácil cuando se establece un diagnóstico. En el campo de la economía cuando se aplica a Costa Rica, el diagnóstico ha probado ser más fácil que el tratamiento.

¿Qué es lo que sabemos del nuevo orden económico mundial? Que el fin de la guerra fría terminó con el paternalismo que probablemente contribuyó a echar a perder la economía costarricense porque mitigó la adversidad que tiene cualidades curativas reconocidas. Que la globalización de la economía que los soviéticos soñaron fundamentar en el comercio entre Estados, con el triunfo de Occidente, será cimentada en el libre comercio y en la liberalización de las economías. Que al ser avalada y promovida por las potencias más poderosas de la Tierra el proceso es irreversible. Que este nuevo mundo demanda una importante reorientación de las instituciones económicas y sociales de Costa Rica. Que hay que reformar el aparato estatal, reducir el déficit, privatizar los dinosaurios estatales, mejorar la estructura del gasto, reestructurar las pensiones, terminar con los CAT y sobre todo, dedicar más recursos a la educación, siempre y cuando la meta sea la calidad por medio de la “demasificación”. Que no se trata de discutir si el cambio es justo o injusto porque el rumbo proyectado no está sujeto a revisión. También sabemos que quien llega primero llega mejor. En febrero de 1998 el presidente Boris Yeltsin, enfrentando un problema afín al que presenta Costa Rica, dijo: “Todos tenemos que aprender la lección: las reformas lentas causan daño y el tiempo perdido vale dinero.” Que el cataclismo económico que se avecina es comparable al que ocurrió en los albores de la Revolución Industrial. Hemos sido advertidos por gobiernos amigos y por intelectuales de lo que se necesita hacer y del castigo para el que llega tarde. El profesor Peter Kenen de la Universidad de Princeton ha pronosticado: “el mundo del futuro puede quedar dividido entre Estados ricos y estables y una colección de Estados fracasados.” En fin, sabemos lo que hay que hacer, lo que no se ha podido es hacerlo. En mi opinión, ahí está el problema de la economía costarricense.

Entiendo que las ciencias económicas son cada día más ciencia y menos empirismo. Pero aunque así fuera, el marco de su accionar está mediatizado por el bichito *homo sapiens*: sus temores, sus aspiraciones y sus supersticiones. La ciencia económica entonces, inevitablemente, se tropieza con el factor impredecible del comportamiento humano. En este sentido, es útil recordar cómo los temores incidieron en la Gran Depresión de la década de los años 30. Esta apocalíptica crisis y sus consecuencias cambiaron el mundo. En Estados Unidos las importaciones cayeron en un 20 por ciento en 2 meses, la producción industrial disminuyó en un 35 por ciento, los precios de los productos agrícolas cayeron a niveles sin precedentes, tres mil bancos quebraron e innumerables millones perdieron sus empleos. Los Estados Unidos se vieron obligados a disminuir sus préstamos a Europa y la crisis se extendió al Viejo Continente. Los desastres que ocurrieron en Alemania condujeron directamente a una revolución política y al auge de Hitler. Los economistas utilizaron todos los instrumentos conocidos para detener el proceso. Ante el retiro de depósitos y la fuga de capitales, el “Bank of England” salió rápidamente al rescate con préstamos a corto plazo. Pero lo único que esto logró fue exacerbar la crisis financiera en Gran Bretaña hasta que involucró a todo el mundo civilizado de la época.

Dos hechos son dignos de resaltar con respecto a las lecciones de esta crisis y la economía costarricense. El primero es que tantos años después, no hay consenso en cuanto a sus causas, aún entre los más prominentes economistas. Para el liberal Milton Friedman, la Gran Depresión fue desatada por “una leve disminución en la oferta monetaria que ocurrió entre 1929 y 1930”. Para los socialistas John Maynard Keynes y John Kenneth Galbraith la más probable causa fue una disminución en el gasto. O sea, el análisis de sus causas se tropieza con la terca incógnita de lo que causa el pánico. El segundo hecho es que en la economía, sobre todo, no importa el diagnóstico de los economistas y casi ni siquiera las medidas que tomen, factores culturales o psicológicos, individuales y de masas, juegan un papel determinante.

En esa crisis, el volumen de la Bolsa de Valores de Nueva York fue inmenso el lunes 21 de octubre de 1929. Con los precios de las acciones en baja, pero desconociendo los inversionistas por cuánto, se produjo un pánico que condujo a muchos a vender rápidamente antes de que los precios cayeran aún más, y este exceso de oferta contribuyó a disminuir el nivel de precios todavía más. Cuando la Bolsa cerró el miércoles 23, y aquí está lo importante, muchos inversionistas concluyeron que la fiesta había terminado. Entraron en pánico. Se propusieron vender al día siguiente antes de que fuera demasiado tarde. Y una vez que un número importante de inversionistas decidieron que el auge económico había concluido, éste, por definición, había terminado.

Más recientemente, en la crisis asiática de principios del año 1998, el asesor del expresidente socialista Mitterand, Jacques Attali, opinó que “el pánico fue lo que detonó la crisis asiática actual. Nada hubiera sucedido si los dueños de la moneda Tailandés, luego la de Malasia y la de Indonesia no hubieran sido sobrecogidos de terror cuando se dieron cuenta de que el creciente valor del dólar iba a hacer intolerable su endeudamiento” La experiencia anterior e instrumentos financieros más ágiles le evitaron al mundo consecuencias más serias.

En Costa Rica, es más fácil medir las intenciones de los inversionistas que responden a las mismas preocupaciones de todos los inversionistas en todos los países y en todos los tiempos, que el ánimo de los votantes que dejan o no dejan hacer a los economistas, políticos o empresarios lo que se debe hacer para crecer y enriquecer al país y a sus habitantes.

¿Entiende una mayoría de electores lo que se tiene que hacer para que Costa Rica sea un país rico o desarrollado? Escudriñar el ánimo colectivo del costarricense puede ser no sólo difícil sino que a ratos deprimente porque arriesga uno a encontrar que sus rasgos son antiguos. Es inquietante lo que a uno le parece encontrar en la Historia de este pueblo. Preocupa que puedan existir razones primordiales inherentes en la personalidad de su pueblo que expliquen nuestro sostenido subdesarrollo. El 28 de setiembre de 1821 en el documento que se ha dado en llamar Acta de los Nublados, nuestros antepasados, antes de decidir el destino político del área que hoy incluye Costa Rica, irían a “esperar a que se aclaren los nublados del día.” Esta frase, impresa en un papel caro y lista para ser enmarcada, se puede conseguir en varios establecimientos del país. ¿Qué glorifica? Uno: esperar. Dos: que se aclaren y no aclarar nosotros. Tres: aceptar que los nublados son una realidad que no la altera el uso de la razón o la búsqueda de la realidad. En otras palabras, un mal presagio histórico.

Volviendo a nuestros tiempos, vale la pena recordar ALCOA. La inversión de esta empresa en Costa Rica iba a aumentar en el 33 por ciento la totalidad de la inversión en el sector industrial que en ese tiempo representaba un monto superior al de las 10 fábricas industriales más grandes juntas con que contaba el país. Se desató una violenta huelga estudiantil “para crear conciencia revolucionaria” y no pudo el *establishment* costarricense contra un grupito de trasnochados perturbadores decididos a torpedear el progreso del país. No sólo esto sino que la Vicerrectoría de Acción Social de la Universidad de Costa Rica en abril de 1998 convocó a un concurso con un premio de 100.000 colones para celebrar la “manifestación estudiantil”. ¿Cuál será el fenómeno psicológico que permite celebrar y premiar la pérdida de la riqueza que ALCOA dejó de generar? Es compatible con un estado anímico saludable celebrar y premiar la riqueza, pero ¿celebrar la pobreza? ¿Será, de verdad, como opina Larry Harrison, que el subdesarrollo es un estado mental? Y algo parecido se puede decir del Distrito Financiero (el argumento en boga era que representaba el caballo de Troya de Vesco) y del canal seco (en este

caso, el argumento es que se morirían demasiadas chinches y cucarachas). Otros, no parecieran comprender que las condiciones del intercambio entre países cambiaron irreversiblemente.

La democracia costarricense ha probado que carece de los medios para lograr que se haga lo que se tiene que hacer para que el país progrese y su pueblo se enriquezca, no porque los economistas no sepan cómo lograrlo, sino porque no lo ha permitido una alianza de intelectuales a la tica, políticos demagogos o ignorantes o ambos, ambientalistas, aspirantes a regidores, políticos fracasados, dirigentes comunales y hasta entrenadores de fútbol. Y una mayoría electoral no ha sabido cómo defenderse, entre otras razones, porque el sistema educativo del país no les enseñó cómo dominar un poco los conceptos básicos de la economía. Montaner opinaba que "las sociedades que no saben cómo se crea, aumenta y preserva la riqueza están condenadas a la miseria. Hay que saber qué es la inflación y cómo se evita. O la significación del desequilibrio fiscal, del endeudamiento público y de las tasas impositivas." La enorme falla del sistema educativo costarricense ha sido que no ha logrado enseñarle a una mayoría electoral que para ser rico hay que hacer lo que hay que hacer para ser ricos. En este sentido es que es probablemente cierto que el subdesarrollo es un estado mental. Algo hay con la pobreza y la riqueza que se desconoce. Por ejemplo, ¿saldrá algún día un gen que induce a uno u otro estado? Con respecto a los Estados, que es el tema de este comentario, ¿quién puede tener la menor duda de que 10 años después de Castro el pueblo cubano volverá a ser rico? Con frecuencia los países peor dotados como Japón, Suiza, Israel, Singapur y Gran Bretaña son los más ricos mientras que países, potencialmente muy ricos, como Venezuela, Colombia y Uganda son pobres. En 1999, Venezuela, un país extraordinariamente rico en recursos petroleros, tenía un 80 por ciento de su población en la pobreza, una tasa de desempleo del 15 por ciento y un enorme índice de inflación.

En un editorial del 19 de enero de 1998 *La Nación* se pregunta "¿Por qué, teniendo a mano tantas ventajas, Costa Rica no rompe las cadenas del subdesarrollo?" Concluye que lo que falla es la voluntad, sobre todo de los políticos. Y eso no es cierto porque el negocio de los políticos es elegirse; cosa que lo gran siguiendo la voz del pueblo que asumen es la voz de Dios. Sin embargo, nadie se atreve a decirlo porque es muy doloroso y sobre todo impopular señalar la verdad: que a una mayoría electoral del pueblo costarricense la echó a perder las promesas del socialismo tropical de que se podía obtener algo a cambio de nada. Corregir esa terrible herencia tomará décadas. Por ejemplo, la reforma educativa que Costa Rica urgentemente requiere puede implicar dedicar, para aventurar una cifra, el 50 por ciento del presupuesto a los colegios vocacionales y dar becas para la educación de muchachos pobres talentosos para que atiendan colegios privados. Pero el problema es que el país no puede esperar.

Me parece que se está haciendo cada día más evidente, por lo menos para mí, que un creciente grupo de empresarios y profesionales cultos está sustituyendo el vacío intelectual que ha dejado en nuestro ambiente una clase intelectual que se ha hecho irrelevante desde que el dogma les nubló el entendimiento. Pero, la realidad es que la gestión de las grandes transformaciones en nuestro país han sido el producto de un liderazgo iluminado como el que se dio en la década de los años 40. Nadie ha logrado venderle la idea a una mayoría del electorado de un futuro de progreso y una visión de cómo lograrlo. Y no lo han logrado porque la tarea no es fácil, ni libre de riesgos. El servicio que Calderón Guardia le hizo a la estabilidad política y social de Costa Rica le costó el exilio. Un futuro transformador económico tiene que estar dispuesto y preparado para irse al exilio.

No es de buen gusto terminar un comentario como éste en una nota de pesimismo. Pero no podría esconder el terrible desasosiego que produce observar que en las primeras filas de la vida política costarricense surge el fantasma de la demagogia que amenaza con empeorar una mala situación.

Por otro lado, es alentador notar que personas que justificadamente gozan del gran prestigio de don Eduardo Lizano y de don Norberto Zúñiga dejan cada día más las trincheras de la academia y se lanzan con mayor decisión a la acción de movilizar la opinión pública a favor del cambio que el país requiere pero también, como consecuencia, en contra de quienes, por antipatriótica demagogia, ponen en peligro el bienestar de nuestros hijos y nietos.

5

Lo único permanente es el cambio

Heráclito (500 aC)

Edgar Mohs Villalta

El análisis agudo y lúcido de la evolución de la economía nacional durante los últimos 15 años que presentan Eduardo Lizano y Norberto Zúñiga, nos debe interesar enormemente a todos los costarricenses porque ponen el dedo en la llaga de nuestros principales problemas y nos están obligando a tomar decisiones. Los autores advierten: “mañana podría ser tarde” y en general nuestro gran dilema consiste en seguir haciendo más de lo mismo o en dar un golpe de timón que nos lance por el camino del desarrollo sostenido, la solución de asuntos consuetudinarios y la reducción de la pobreza. En este sentido Costa Rica está esperando al líder que complete la reforma de la economía y modernice el Estado porque ya tuvo en el pasado a quienes reformaron nuestra convivencia social y política; o tal vez ahora ya no sea como antes y en lugar de un líder se necesiten muchos y “una gran dosis de patriotismo, visión y consistencia de parte de la clase política”. Aquí me parece pertinente esperar que las decisiones por fin tomadas tengan continuidad, toda vez que el término de cuatro años es obviamente muy corto para lograr consolidación y quizás uno de los elementos importantes para explicar porqué en algunas materias hemos tenido éxito y en otras no, sea precisamente que en las primeras hubo continuidad y en las otras no hubo.

Como señalan los doctores Lizano y Zúñiga, tanto en el campo de la economía como en el de la modernización del Estado o en el de la salud y la educación, parte de nuestros problemas consisten en que subsisten grupos con poder político que se oponen al cambio por simple empecinamiento, rigideces ideológicas o intereses espurios, pero también porque hacen una lectura equivocada de nuestra realidad originada en información insuficiente o manipulada; a este respecto quiero agregar el ejemplo de la salud a título de comparación ilustrativa. En los años 60 y 70 prevalecían enfermedades infecciosas, parasitarias y desnutrición como causas de enfermedad y muerte particularmente en los menores de 5 años de edad; entonces se desarrolló un modelo basado en el saneamiento ambiental básico, la atención primaria y la prevención de enfermedades susceptible, el cual produjo resultados espectaculares en el corto plazo. Hoy día, las causas de enfermedad y muerte son otras (enfermedades crónicas y violencias); sin embargo, los llamados mandos medios y superiores de las instituciones,

continuaron aplicando las mismas estrategias anteriores por inercia, confusión o costumbre, y el resultado es que nos estancamos en esta década de los 90 porque como dice Hammer:

El éxito en el pasado no significa éxito en el futuro ... y más bien las fórmulas para el éxito de ayer son garantía de fracaso para el mañana.

Evidentemente lo que se necesita ahora con urgencia es constituir una red de establecimientos desconcentrados al máximo, una atención y prevención individuales y de alta calidad y compatibilizar lo público con lo privado. Es decir, sin descuidar los logros del pasado es indispensable implementar nuevas estrategias si queremos salir del estancamiento y volver a progresar en esta materia; reeditar las antiguas intervenciones solo decepciones nos causarán, mayor pérdida de tiempo y enormes disfunciones en el sector público y en el privado.

El Cuadro 3, Evolución indicadores sociales 1950-1998, muestra que en el período, el progreso alcanzado fue considerable, contrariamente a lo que afirman los grupos reaccionarios y retrógrados representados hoy por los sindicatos y grupúsculos dispersos; el único caso en que se observa un pequeño retroceso es en la educación, empero, las medidas correctivas ya se pusieron en marcha. En salud, nutrición y agua potable y saneamiento, es importante subrayar que todos los indicadores han mejorado en los últimos 15 años, años que corresponden a la etapa de liberalización económica.

La burocracia

Cuando los autores se refieren a la gravedad del aumento de la deuda pública interna que en 1998 alcanzó a ser 45 por ciento del PIB y relacionan este hecho con aumentos innecesarios de la burocracia, no puedo dejar de confesar que una de las mayores impresiones que tuve en mi vida pública fue cuando volví al Ministerio de Salud en 1986 en calidad de Ministro, 15 años después de haber estado como Viceministro en 1970 y 1971; el entonces Ministro Dr. José Luis Orlich, tenía en 1970 un vehículo oficial, una secretaria y un chofer. En 1986 yo tuve asignados dos vehículos oficiales y dos choferes; el Despacho contaba con dos secretarías y una recepcionista, una miscelánea y un mensajero para todo lo interno. A pesar de la profunda crisis de principios de los años 80, el personal del Despacho se había más que triplicado y las facilidades materiales habían aumentado considerablemente (televisores, fotocopiadoras, computadoras, teléfonos celulares) y esto contrastaba violentamente con los escasos recursos disponibles para medicamentos básicos o vacunas, por ejemplo.

Muchos años atrás aprendí que el análisis directo de un caso puede ser tan ilustrativo de determinado fenómeno, como el análisis estadístico de una serie grande y por esa razón he querido contar esta experiencia puntual que parece coincidir con el criterio de que aun existe un importante espacio para reducir la obesidad de la planilla del Estado ya que persiste la tendencia a pagar favores políticos con fondos del erario público y a creerse más importante si se tiene un elevado número de empleados; sin lugar a dudas, los jerarcas de las instituciones son los primeros llamados a dar el ejemplo, precisamente porque los puestos de naturaleza política o los que se politizan por la razón que sea, son muy proclives a la dispendiosidad. No obstante, creo que ni la burocracia y sus sindicatos recalcitrantes, ni los políticos irreflexivos que han surgido en los últimos tiempos, nos harán caer en una nueva pesadilla como la de los 80; espero que la lección se haya aprendido y como Popper, pienso que es un deber mo-

ral ser optimista y que esta vez el bien habrá de triunfar sobre el mal ;mas, a Dios rogando y con el mazo dando!

Para terminar debo señalar que este siglo se nos fue sin haber logrado consolidar en la agenda del pensamiento nacional, el tema de los gobiernos decentes en los primeros lugares, en serio y no como promesa automática de campaña; y no sólo los gobiernos, sino todos los líderes y también los aspirantes tienen que ser transparentes en su vida pública y en la privada si queremos llegar a genuinos acuerdos de interés general, impulsar el desarrollo en todos los órdenes y reducir la pobreza y la violencia que tanto nos preocupan porque son una verdadera amenaza para nuestra nación, aunque también abundan en toda la región de donde cada día nos llegan más y más delincuentes. En consecuencia, resulta claro que en cuanto a estos aspectos de la amplia problemática planteada por los autores, nuestra visión debe abarcar al menos el área centroamericana y este hecho no debe asustarnos sino enervarnos; el ciclo de la inocencia ha llegado a su fin y nuestras reflexiones ahora ya no podrán ser únicamente sobre la Costa Rica idílica sino también sobre Centroamérica... inexorablemente.

6

Muy bien para unos y muy mal para otros

Alejandro Urbina Gutiérrez

Un crecimiento promedio –en términos reales– del producto interno bruto de 4,2 por ciento cada año para el período 1983-1998 no está mal. Tampoco está tan mal –si se compara a Costa Rica con el resto de Latinoamérica– una inflación promedio del 16,4 por ciento. Este crecimiento en los precios aún cuando supera el cabalístico 10 por ciento, implica la ausencia de las hiperinflaciones de tres o cuatro dígitos que azotaron al resto del continente en el pasado reciente. Sin embargo, tampoco son cifras para ostentar. Tienen razón don Eduardo Lizano y don Norberto Zúñiga de categorizar la evolución de la economía del país en ese período como “Ni tan bien, ni tan mal”. En términos macroeconómicos el diagnóstico parece correcto.

Aunque las estadísticas disponibles no lo confirman para algunos legos como este comentarista, los últimos quince años pueden haber sido muy buenos para unos y bastante malos para otros. Quizás si el censo nacional vigente no fuera de 1984, si la estimación del producto interno bruto no estuviera devaluado en 30 por ciento, si la encuesta de ingresos y gastos –base para estimar la inflación– no datara de 1987 y si fuera posible cuantificar la inmigración y la economía no regulada, tal vez las cifras corroborarían esta especulación. Pese a estas limitaciones, a continuación se exponen algunos argumentos en favor de esa tesis.

El cambio en el modelo de desarrollo que experimenta Costa Rica a partir de 1983 se logra gracias a una redistribución de la carga tributaria. Se impulsan los sectores de exportación, de turismo y financiero, en perjuicio de los otros actores económicos. Contratos de exportación, zonas francas, certificados de abono tributario, inversiones amparadas al Artículo 11 de la Ley de Promoción Turística, bancos exentos de primer orden, reducción de encajes y disminución de aranceles contrastan con el impuesto a los salarios. Para bien o para mal, el país decide premiar –eximiéndolos del pago de impuestos– a todo aquel que traiga o genere divisas y obliga al resto de los ciudadanos a pagar la cuenta del sector público. Es imposible saber qué hubiese pasado de no haber existido esas políticas.

La diversificación de las exportaciones ha aminorado el efecto de los bajos precios de los productos tradicionales. Sin las regalías de las zonas francas sería muy difícil mantener el nivel de inversión extranjera directa que recibe el país. Los ingresos turísticos permiten mantener relativamente estable el

tipo de cambio con el cual algunos costarricenses satisfacen sus necesidades vacacionales en el exterior y el apetito por bienes importados. La aceptación de la banca *off-shore* no fiscalizada disminuye la fuga irreversible de capital puesto que la gran mayoría de los depósitos en este sistema regresan en forma de préstamos. Todas las prebendas que el país ha otorgado a estos sectores han producido beneficios. Lo que aún no se conoce es el costo –real y de oportunidad– que los incentivos fiscales otorgados tuvieron. Es imposible determinar si la relación costo-beneficio de las políticas se justificó.

Las deudas que dejó el Estado cuando jugaba de empresario aunadas a los incentivos fiscales mencionados producen hoy una carga por intereses que limita considerablemente el ámbito de acción del Gobierno. La deuda interna se ha convertido en el ancla que evita el despegue hacia el desarrollo de Costa Rica. Desgraciadamente, el país no es muy adepto en resolver los problemas de deuda. La deuda externa se redujo en 1989 solo porque los acreedores accedieron donar 84 centavos por cada dólar que debía el país. Hoy no se tiene la ventaja de deberle a extranjeros para que asuman las pérdidas producto de la mala paga del país. La mayoría de la deuda interna está en manos costarricenses, principalmente institucionales. Las pérdidas, esta vez, no son exportables.

La dualidad en cuanto a los ciudadanos beneficiados y los perjudicados por las políticas de los últimos quince años hace imposible –políticamente– la venta de activos estatales para disminuir el monto de la deuda interna. Si acaso es factible mantener los niveles actuales de gasto público; tratar de reducirlos más podría desatar disturbios sociales. Algunas muestras del deterioro social de la población ya se notan en los indicadores. En 1998 el porcentaje de la población económicamente activa con educación primaria fue menor que en 1985; mucho menor para el caso de educación secundaria.

Pareciera que solo aumentando los ingresos fiscales puede el Gobierno mejorar su situación financiera deficitaria. Este podría ser el “esfuerzo nacional mucho mayor” que mencionan don Eduardo y don Norberto como necesario para “elevar el nivel de vida de la población de manera importante y sostenible”

Referencias

- BANCO INTERAMERICANO DE DESARROLLO. 1997. *América Latina tras una década de reformas. Progreso económico y social en América Latina 1997*. Washington, D.C.: Banco Interamericano de Desarrollo.
- CESPEDES, VICTOR HUGO y Ronulfo Jiménez, 1995. *La Pobreza en Costa Rica, Concepto, Medición, Evolución*. San José: Academia de Centroamérica, Estudios 11.
- DORYAN, EDUARDO y otros, 1999. *Análisis del Reporte Global de la Competitividad para Centroamérica*, INCAE.
- HARBERGER, ARNOLD, 1999. Interview, The Region, Federal Bank Reserve of Minneapolis, marzo.
- GWARTNEY, J. y R. Lawson, 1997. *Economic Freedom of the World: Annual Report*.
- JUAN PABLO II. Discurso a la Asamblea conjunta de diputados y senadores del Parlamento polaco, Varsovia 11 de junio 1999, L'Osservatore Romano, N° 25, 25 de junio de 1999, pp. 5-6.
- LA BIBLIA. "2 Corintios", Capítulo 9.
- LA PRENSA LIBRE. Martes 13 de julio de 1999, p. 4.
- LIZANO, EDUARDO, 1999. *Ajuste y Crecimiento en la Economía de Costa Rica, 1982-1994*. San José: Academia de Centroamérica: Estudios 13.
- NACIONES UNIDAS. Informe sobre Desarrollo Humano, PNUD, varios años.
- Penn World Tables.
- RODRIGUEZ, JULIO. La Nación, 28 de julio de 1999, p. 15 A.
- ROBLES, EDGAR, 1999. "Economic Growth in Central America: Evolution of Productivity in Manufacturing." HIID Working Paper. marzo.
- SAUMA, PABLO y Juan Rafael Vargas, 1999. "Liberalización de la balanza de pagos, efectos en el empleo, el crecimiento económico, la distribución del ingreso y la pobreza. El caso de Costa Rica", mim.
- SAUMA, PABLO y Leonardo Garnier, 1998. "Efectos de las Políticas Macroeconómicas y Sociales sobre la Pobreza en Costa Rica," en Enrique Ganuza, Lance Taylor y Samuel Morley (comp.), *Política Macroeconómica y Pobreza en América Latina y el Caribe*, PNUD.

SACHS, JEFFREY, 1990. "Social Conflict and Populist Policies in Latin America", *Occasional Papers 9*. International Center for Economic Growth.

_____, 1994. "Life in the Economic Emergency Room", in John Williamson (ed.), *The Political Economy of Policy Reform*, Institute for International Economics.

THE ECONOMIST. 29 de mayo de 1999, p. 15.

UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, 1999. "Encuesta de la Vicerrectoría de Investigación y la Maestría en Ciencias Políticas".

WILLIAMSON, JOHN y Stephan Haggard. 1994. "The Political Conditions for Economic Reform", en John Williamson (Edit.). *The Political Economy of Policy Reform*, Institute for International Economics, p. 577.

ZUÑIGA, NORBERTO, 1999. "A Romper el Empate Político". Especial de la *Revista Rumbo*, pp. 12-15.

